"Entre la ciudad perfecta y el amor inesperado..."

tuvo que elegir.

Entre TACONES y BOTAS



HUGETH GÁNDARA

A veces perderlo todo... es la única forma de encontrar tu verdadero hogar.

Entre tacones y botas

"Entre la ciudad perfecta y el amor inesperado… tuvo que elegir."

Samantha Whitmore siempre ha tenido la vida perfecta.

Hija de una de las familias más influyentes de Nueva York, creció rodeada de lujos, fiestas elegantes y de un futuro cuidadosamente planeado. Con sus mejores amigas a su lado y un novio atractivo que parece sacado de una revista, todo en su mundo parece estar exactamente donde debe estar.

Hasta que un testamento inesperado lo cambia todo.

Tras la muerte de Lydia Bennett, una mujer que Samantha nunca había oído nombrar, descubre un secreto que sus padres ocultaron durante toda su vida: que ella fue adoptada. Y como última voluntad, Lydia le ha dejado una herencia inesperada… un antiguo rancho en Texas.

Decidida a descubrir la verdad sobre su origen, Samantha viaja junto a su amiga Britney al pequeño pueblo de Redwood Creek, donde se encuentra con un mundo completamente diferente al de Manhattan: polvo, caballos, botas… y Henry Hayes.

Reservado, orgulloso y decidido a mantener el rancho en pie, Henry no está nada impresionado por la llegada de una chica de ciudad con tacones y ropa de diseñador.

Entre discusiones, aventuras inesperadas y un choque constante entre dos mundos opuestos, Samantha comienza a descubrir secretos del pasado de su madre… y también sentimientos que nunca imaginó tener.

Pero cuando su vida en Nueva York vuelve a alcanzarla con una propuesta de matrimonio inesperada, Samantha tendrá que decidir entre la vida perfecta que siempre conoció… o el lugar donde su corazón finalmente encontró su hogar.

Porque a veces el destino no está en los rascacielos.

A veces está esperando… en medio de un rancho en Texas.

Capítulo 1: La vida perfecta

En Manhattan, todo parecía brillar un poco más.

Las luces de los rascacielos, el ruido constante del tráfico, las conversaciones elegantes en restaurantes caros y el sonido de los tacones sobre las aceras formaban parte de una rutina que, para muchos, era un sueño… pero para Samantha Whitmore, simplemente era su vida.

A sus veinticinco años, Samantha había crecido rodeada de privilegios. Su cabello largo y ondulado, negro como la tinta, caía con naturalidad sobre sus hombros mientras caminaba por el amplio vestíbulo del edificio donde vivía. Sus ojos azules profundos contrastaban con su piel clara, y su presencia siempre lograba atraer miradas, incluso cuando ella no lo intentaba.

Pero Samantha estaba acostumbrada a eso.

Había nacido y crecido en una de las familias más influyentes de Nueva York. Sus padres, Víctor y Amelia Whitmore, eran empresarios reconocidos que habían construido un imperio en el mundo de las inversiones y los bienes raíces. Su apellido aparecía en revistas de negocios, en eventos de gala y, ocasionalmente, en las páginas sociales de los periódicos.

Para Samantha, aquello nunca fue extraño.

Los mejores colegios, las vacaciones en Europa, las fiestas elegantes y la ropa de diseñador siempre habían formado parte de su vida.

Nada le había faltado jamás.

—Llegas tarde —dijo una voz divertida desde una mesa cercana.

Samantha levantó la mirada y sonrió al ver a sus dos mejores amigas.

Britney Walker agitaba la mano con entusiasmo desde su asiento en la terraza del café, mientras Hanna Mitchell revisaba algo en su teléfono con la elegancia habitual que parecía acompañarla a todas partes.

—Cinco minutos —respondió Samantha, dejando su bolso sobre la silla. Eso no cuenta como tarde.

—En Nueva York cinco minutos pueden cambiar una vida —dijo Britney dramáticamente.

—O hacer que pierdas una reservación en un restaurante imposible —añadió Hanna con una sonrisa ligera.

Las tres rieron.

Eran amigas desde la universidad y, aunque sus personalidades eran distintas, compartían algo importante: todas pertenecían al mismo círculo social de la ciudad.

Britney era espontánea, divertida y tenía una facilidad natural para meterse en situaciones absurdas.

Hanna, en cambio, era elegante, calculadora y siempre parecía tener todo bajo control.

Samantha estaba en algún punto entre ambas.

—¿Y Daniel? —preguntó Britney levantando una ceja.

Samantha tomó un sorbo de su café antes de responder.

—Llega en un momento.

Como si hubiera estado esperando su nombre, una figura alta apareció caminando hacia ellas por la calle.

Daniel Carter.

Atractivo, seguro de sí mismo y con esa sonrisa que parecía diseñada para convencer a cualquiera. Su cabello rubio, ligeramente despeinado, y su estilo relajado hacían que más de una persona volteara para verlo al pasar.

Cuando llegó a la mesa, besó a Samantha en la mejilla con naturalidad.

—Perdón, el tráfico estaba imposible.

—Siempre lo está —dijo Britney.

Daniel tomó asiento junto a Samantha y apoyó un brazo con confianza sobre el respaldo de su silla.

—Estaba pensando en algo —dijo mirándola. Deberíamos hacer un viaje pronto.

—¿A dónde? — preguntó con confianza Samantha.

—Europa otra vez… o quizá algo diferente.

Britney levantó una ceja con interés.

—¿Diferente cómo?

Daniel se encogió de hombros.

—Algo menos… típico.

Samantha sonrió, aunque en su interior algo no terminaba de quedar del todo claro.

Daniel era atento, divertido, atractivo y exitoso.

Todo el mundo decía que eran una pareja perfecta.

Sus padres lo adoraban; sus amigos también.

Incluso las revistas sociales habían empezado a mencionarlos juntos.

Sin embargo, había momentos —como ese— en los que Samantha sentía una pequeña duda que no sabía cómo explicar.

No era algo grande.

Solo una sensación.

Como si algo no terminara de encajar del todo.

—Podemos pensarlo —respondió finalmente.

La conversación continuó entre risas, planes de eventos sociales y comentarios sobre las últimas fiestas de la ciudad.

Desde afuera, cualquiera habría pensado que Samantha Whitmore tenía la vida perfecta.

Y quizá era verdad.

Un departamento increíble en Manhattan.

Amigas leales.

Un novio encantador.

Padres orgullosos.

Un futuro brillante.

Todo estaba exactamente donde debía estar.

O al menos eso parecía.

Porque esa misma noche, mientras Samantha regresaba al elegante apartamento de sus padres para una cena familiar, un hombre

desconocido esperaba sentado en la sala junto a ellos.

Un hombre con un maletín de cuero oscuro.

Y un documento que cambiaría su vida para siempre.

—Samantha —dijo su padre con una expresión extrañamente seria cuando ella entró—, hay algo de lo que necesitamos hablar contigo.

El hombre se puso de pie con formalidad.

—Buenas noches, señorita Whitmore. Mi nombre es Richard Collins… soy abogado.

Samantha frunció ligeramente el ceño.

—¿Abogado de qué?

El hombre abrió lentamente su maletín.

—He venido a leer un testamento.

Samantha miró a sus padres confundida.

—¿El testamento de quién?

El abogado la observó unos segundos antes de responder.

—De una mujer llamada Lydia Bennett.

El nombre no significó nada para Samantha. Todavía no.

Pero en cuestión de minutos, su mundo perfecto estaba a punto de romperse.

Capítulo 2: El nombre que lo cambia todo

El silencio en la sala era tan pesado que Samantha podía escuchar el leve tic-tac del reloj antiguo colgado en la pared.

El abogado Richard Collins acomodó unos documentos sobre la mesa de centro con movimientos meticulosos. Su traje gris oscuro parecía demasiado formal para una noche que, hasta hacía unos minutos, Samantha creía que sería solo una cena más con sus padres.

Miró a Víctor y a Amelia, esperando alguna explicación.

Pero ninguno habló. Eso fue lo que más la inquietó.

—¿Un testamento? —Preguntó finalmente Samantha. ¿Y por qué me lo están leyendo a mí?

El abogado entrelazó las manos con calma.

—Porque usted es la beneficiaria principal.

Samantha frunció el ceño. —Pero ni siquiera sé quién es esa mujer.

El nombre volvió a resonar en su mente, Lydia Bennett. No le decía absolutamente nada.

Miró a sus padres buscando alguna señal de reconocimiento… y la encontró.

Amelia tenía las manos juntas con tanta fuerza que los nudillos se habían vuelto blancos. Víctor evitaba mirarla directamente.

Algo estaba mal.

Muy mal.

—Papá… —dijo Samantha lentamente. ¿Qué está pasando?

Víctor suspiró profundamente, como si hubiera estado conteniendo el aire durante años.

Pero antes de que pudiera responder, el abogado continuó hablando.

—La señora Lydia Bennett falleció hace tres semanas en el estado de Texas —explicó—. En su testamento, redactado hace varios años, dejó claro que todas sus propiedades pasarían a su única hija.

Samantha parpadeó.

—¿Su única hija?

El abogado levantó la mirada hacia ella.

—Sí, señorita Whitmore.

Abrió el documento y leyó con voz clara.

—"Dejo en herencia mi propiedad, conocida como Silver Willow Ranch, ubicada en las afueras del pueblo de Redwood Creek, Texas, a mi hija Samantha."

El corazón de Samantha dio un salto extraño.

—Eso debe ser un error.

El abogado negó suavemente con la cabeza.

—No lo es.

Samantha soltó una pequeña risa nerviosa.

—Perdón, pero… creo que se equivocó de Samantha. Mi mamá está sentada justo ahí.

El silencio que siguió fue peor que cualquier respuesta.

Samantha volvió a mirar a Amelia.

Esta vez su madre tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Mamá… —susurró Samantha.

Amelia se levantó lentamente del sofá y se dirigió hacia ella.

—Cariño… —dijo con voz temblorosa. Hay algo que debimos haberte contado hace mucho tiempo.

Samantha sintió que el suelo bajo sus pies se volvía inestable.

—No me gusta cómo empieza esa frase.

Víctor se levantó también.

Por primera vez en años, Samantha vio a su padre sin esa seguridad absoluta que siempre lo caracterizaba.

Parecía… vulnerable.

—Samantha —dijo con suavidad. Nosotros te amamos más que nada en este mundo.

—Eso no suena mejor —respondió ella.

Amelia tomó sus manos.

—Eres nuestra hija… en todo lo que realmente importa.

Samantha sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué significa eso?

Amelia cerró los ojos unos segundos antes de responder.

—Significa… que no te dimos la vida.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

Samantha tardó unos segundos en entenderlas.

Y cuando lo hizo, el mundo pareció detenerse.

—No… —dijo en voz baja.

Miró a su padre.

—No.

Víctor asintió lentamente.

—Te adoptamos cuando eras bebé.

Samantha soltó las manos de su madre.

—¿Qué?

—Samantha…

—¿Soy adoptada?

Nadie respondió.

Pero el silencio fue suficiente.

Un torbellino de pensamientos golpeó su mente.

Todos los recuerdos.

Todas las conversaciones.

Toda su vida.

—¿Y esa mujer? —preguntó señalando los papeles del testamento—. ¿Lydia Bennett?

Amelia tragó saliva.

—Ella es tu madre biológica.

El nombre ahora tenía un peso completamente distinto.

Samantha sintió que el aire se desvanecía de la habitación.

—¿Toda mi vida…? —susurró.

Miró a ambos con incredulidad.

—¿Toda mi vida lo supieron… y nunca me dijeron nada?

Amelia comenzó a llorar.

—Queríamos protegerte.

—¿Protegerme de qué?

Nadie respondió de inmediato.

El abogado se mantuvo en silencio, como si entendiera que aquel momento no le pertenecía.

Finalmente Víctor habló.

—La situación con Lydia era… complicada.

Samantha dejó escapar una risa amarga.

—Eso es un eufemismo impresionante.

Se pasó una mano por el cabello intentando ordenar sus pensamientos.

—Entonces… ¿Ella murió?

El abogado asintió.

—Hace tres semanas.

Samantha miró el documento nuevamente.

—¿Y ahora tengo… un rancho en Texas?

—Sí —dijo el abogado. Silver Willow Ranch.

El nombre le resultó extraño.

Lejano.

Completamente fuera de su mundo.

Manhattan.

Fiestas.

Eventos.

Tacones.

Y ahora…

¿Un rancho?

Samantha soltó un suspiro largo.

—Esto es una locura.

Caminó hasta la ventana mirando las luces de la ciudad.

Su ciudad.

La única que había conocido.

—Quiero saber por qué.

Sus padres intercambiaron miradas.

—¿Por qué me dio en adopción? —continuó Samantha—. ¿Por qué nunca me buscó? ¿Por qué esperó hasta morir para aparecer en mi vida?

Volvió a mirar al abogado.

—¿Y por qué demonios me dejó un rancho?

Richard Collins cerró lentamente el documento.

—Esas respuestas… —dijo con calma— probablemente se encuentren en Texas.

Samantha se quedó en silencio.

Texas.

Nunca había estado ahí.

Ni siquiera lo había considerado.

Pero ahora… tal vez era la única persona que podía contarle la verdad.

Aunque ya no estuviera viva.

Y por primera vez en su vida perfectamente ordenada, Samantha Whitmore sintió algo completamente nuevo.

No era miedo.

No exactamente.

Era algo más cercano a la curiosidad.

O destino.

Capítulo 3: La verdad pesa más que el silencio

Samantha no recordaba cómo había salido de la casa de sus padres.

Solo recordaba el aire frío de la noche golpeando su rostro y el sonido de sus tacones contra la acera mientras caminaba sin rumbo por la calle iluminada.

Su mente estaba llena de pensamientos que se chocaban entre sí.

Adoptada.

La palabra no dejaba de repetirse en su cabeza.

Veinticinco años.

Veinticinco años viviendo una vida entera… sin saber algo tan importante.

Sacó su teléfono del bolso y buscó el contacto que sabía que siempre respondía.

Britney.

No tuvo que esperar mucho.

—¿Sam? —contestó la voz al otro lado—. ¿Todo bien?

Samantha intentó hablar, pero las palabras salieron atropelladas.

—Necesito verte.

Hubo un segundo de silencio.

—¿Qué pasó?

—Estoy frente a tu edificio.

—¿Qué? —Britney sonó sorprendida. ¡Sube!

Diez minutos después, Samantha estaba sentada en el enorme sofá blanco del apartamento de su amiga, sosteniendo una taza de té que Britney le había puesto en las manos.

No lo estaba tomando.

Solo necesitaba sostener algo.

Britney estaba frente a ella, con las piernas cruzadas y una expresión de total incredulidad.

—Ok —dijo finalmente. Necesito asegurarme de que entendí todo.

Señaló con los dedos mientras enumeraba.

—Uno: un abogado llegó a la casa de tus padres.

—Sí.

—Dos: te dijo que una mujer llamada Lydia Bennett murió.

—Sí.

—Tres: esa mujer te dejó un rancho en Texas.

—Sí.

Britney levantó una ceja.

—Y cuatro: resulta que esa mujer… es tu madre biológica.

Samantha asintió lentamente.

Britney dejó caer la cabeza hacia atrás en el sofá.

—Wow.

Ese simple "wow" parecía contener demasiadas emociones.

—Eso es… —dijo buscando la palabra correcta— eso es material de serie dramática.

Samantha soltó una pequeña risa cansada.

—No es gracioso.

—No estoy diciendo que lo sea —respondió Britney. Solo digo que… es mucho.

Samantha apoyó los codos sobre las rodillas.

—No entiendo por qué no me lo dijeron antes.

—Tal vez pensaron que era lo mejor.

—¿Ocultarme de quién soy?

Britney hizo una pequeña mueca.

—Bueno… dicho así suena horrible.

Samantha suspiró.

—Lo peor es que ni siquiera sé quién era ella.

—Lydia.

—Sí.

La palabra todavía le resultaba extraña.

—Mi madre biológica.

Britney se inclinó hacia adelante.

—¿Y qué dijo el abogado del rancho?

—Que está en un pueblo llamado Redwood Creek, en Texas.

—Suena como un lugar donde probablemente todos usan botas.

—Definitivamente.

Britney frunció el ceño pensativa.

—Entonces…

Samantha la miró.

—Entonces, ¿qué?

Britney señaló hacia ella.

—Entonces tienes un rancho.

—No quiero un rancho.

—Pero lo tienes.

—Nunca he montado un caballo en mi vida.

—Eso se aprende.

—Britney.

—¿Qué?

Samantha suspiró.

—Esto no es una aventura.

Britney la observó unos segundos.

Luego dijo algo que Samantha no esperaba.

—¿No quieres saber por qué?

Samantha guardó silencio.

—¿Por qué te dio en adopción? —Continuó Britney. ¿Por qué te dejó el rancho? ¿Por qué nunca te buscó?

Cada pregunta golpeaba directo.

—Claro que quiero saber —respondió Samantha.

—Entonces hay una forma muy simple de averiguarlo.

Samantha ya sabía lo que iba a decir.

—No.

—Sí.

—No voy a ir a Texas.

Britney cruzó los brazos.

—Sam.

—Tengo una vida aquí.

—Sam.

—Tengo trabajo, amigos, Daniel…

Britney levantó una ceja.

—¿Tu novio perfecto?

—Sí.

—El que no te emociona tanto como debería.

Samantha frunció el ceño.

—Eso no es justo.

—Solo digo lo que tú misma dijiste hace dos semanas después de la fiesta de los Montgomery.

Samantha se quedó en silencio.

Britney suspiró y habló con más suavidad.

—Mira… no digo que te mudes allá.

—Bien.

—Solo digo que vayamos.

Samantha levantó la mirada.

—¿Vayamos?

Britney sonrió.

—Claro. No te voy a mandar sola a un rancho lleno de vaqueros misteriosos.

—Eso no ayuda.

—Además —continuó Britney. Piensa en la historia.

—¿Qué historia?

—Dos chicas de Nueva York viajando a Texas para descubrir un secreto familiar.

Samantha negó con la cabeza.

—Suena como el inicio de una comedia horrible.

Britney sonrió más.

—O de una gran aventura.

Samantha miró su taza de té.

Texas.

Polvo.

Caballos.

Botas.

Nada de eso encajaba con su vida.

Pero algo dentro de ella seguía repitiendo la misma pregunta.

¿Por qué?

¿Por qué Lydia Bennett la había dado en adopción?

¿Por qué le dejó ese rancho?

¿Por qué ahora?

Samantha levantó lentamente la mirada.

—Solo unos días.

Britney se inclinó hacia adelante, emocionada.

—¿Eso significa…?

—Vamos a Texas.

Britney dio un pequeño grito.

—¡Sabía que dirías que sí!

Samantha negó con la cabeza, aunque una pequeña sonrisa se le formó en el rostro.

—No te emociones demasiado.

—Demasiado tarde.

Britney ya estaba sacando su teléfono.

—Necesitamos vuelos, ropa adecuada y, probablemente, sombreros…

—No voy a usar sombrero.

—Ya veremos.

Samantha se recostó en el sofá mirando el techo.

Texas.

Nunca imaginó que ese lugar podría tener alguna conexión con su vida.

Pero ahora parecía que todas las respuestas estaban ahí.

Esperándola.

Y aunque todavía no lo sabía…

también la esperaba algo más.

Alguien más.

Alguien que estaba a punto de cambiar su vida, tanto como aquella revelación, lo había hecho.

Un hombre llamado Henry Hayes.

Capítulo 4: Rumbo a Texas

Samantha nunca había estado tan consciente de sus zapatos como en ese momento.

Tacones negros de diseñador.

Elegantes.

Perfectos para Manhattan.

Completamente inútiles para caminar sobre tierra roja y polvo.

—Estoy segura de que esto es una broma —murmuró Britney mirando por la ventana del pequeño aeropuerto.

Samantha soltó un suspiro.

—No es una broma.

—No, no… me refiero a que, claramente, alguien está grabando un reality show sobre dos chicas de Nueva York perdidas en Texas.

Samantha negó con la cabeza mientras caminaban hacia la salida.

—No estamos perdidas.

—Todavía.

El calor las golpeó apenas cruzaron las puertas del aeropuerto.

No era el calor elegante de una tarde de verano en Manhattan.

Era un calor seco y pesado que parecía envolver todo el lugar.

Britney se quitó los lentes de sol para mirar alrededor.

—Ok… esto definitivamente no es Nueva York.

El pequeño aeropuerto de Redwood Creek tenía solo un par de puertas de embarque, una cafetería diminuta y un estacionamiento donde varias camionetas enormes descansaban bajo el sol.

Nada de taxis amarillos.

Nada de tráfico.

Nada de rascacielos.

Samantha ajustó la correa de su bolso.

—Solo estaremos aquí unos días.

—Eso espero —respondió Britney— porque si una vaca intenta perseguirme, me voy a subir al primer avión de regreso.

Samantha soltó una pequeña risa.

—Las vacas no persiguen gente.

—Eso suena exactamente como algo que diría alguien que nunca ha estado cerca de una vaca.

Caminaron hacia la zona de renta de autos.

La mujer detrás del mostrador las miró con una curiosidad evidente.

Era imposible no notar que no eran de ahí.

—¿En qué puedo ayudarlas? —preguntó con una sonrisa amable.

—Tenemos una reservación —dijo Samantha.

Después de unos minutos, las dos salieron al estacionamiento con las llaves de una camioneta plateada.

Britney la observó con desconfianza.

—Eso es enorme.

—Es solo una camioneta.

—Sam… esto tiene el tamaño de un apartamento en Manhattan.

Samantha respiró hondo.

—Podemos hacerlo.

—Nunca has manejado algo así.

—Tampoco tú.

—Exacto.

Samantha abrió la puerta del conductor.

—Entonces aprenderemos.

Treinta segundos después…

—¡Cuidado! —gritó Britney.

—¡No hice nada!

—¡Casi atropellas ese cono!

—¡El cono se atravesó!

Un hombre que caminaba por el estacionamiento levantó una ceja mientras las veía discutir dentro del vehículo.

Finalmente, la camioneta salió del aeropuerto… un poco torpe, pero avanzando.

El camino hacia Redwood Creek era largo y rodeado de campos interminables.

Samantha miraba por la ventana.

El paisaje era completamente distinto de todo lo que conocía.

Cielo abierto.

Campos Verdes.

Vallas de madera.

Caballos a lo lejos.

Britney también observaba, pero con otra expresión.

—Ok… esto es bonito.

Samantha sonrió ligeramente.

—Un poco.

—Pero sigo prefiriendo edificios con aire acondicionado.

Después de casi cuarenta minutos de carretera, un pequeño letrero apareció al lado del camino.

Bienvenidos a Redwood Creek, Texas

Debajo del nombre había un dibujo de un caballo.

—Ahí está —dijo Britney. El lugar donde claramente empezará nuestra aventura absurda.

El pueblo era pequeño.

Calles tranquilas.

Casas bajas.

Un bar con música country que se escuchaba incluso desde afuera.

Una tienda general.

Un restaurante con un enorme cartel que decía "La mejor carne del condado".

—Esto es… adorable —dijo Britney.

Samantha estacionó la camioneta frente a una pequeña tienda para revisar el mapa que el abogado les había dado.

—Silver Willow Ranch está a unos kilómetros fuera del pueblo.

Britney miró la calle.

Varias personas caminaban tranquilamente.

Algunas llevaban sombreros.

Otras botas.

Un par de hombres, sentados frente a la tienda, las observaban con curiosidad.

—Nos están mirando —susurró Britney.

—Es normal.

—No, Sam… nos están mirando como si fuéramos extraterrestres.

—Quizá lo somos un poco.

Britney suspiró.

—Ok… vámonos al rancho antes de que alguien intente preguntarnos si sabemos ordeñar vacas.

Volvieron a la camioneta y siguieron el camino de tierra que salía del pueblo.

El paisaje comenzó a abrirse aún más.

Campos enormes.

Cercas de madera.

Árboles altos moviéndose con el viento.

Finalmente, después de varios minutos, apareció un gran portón de hierro con un letrero de madera.

Silver Willow Ranch

Samantha sintió un pequeño nudo en el estómago.

Ese lugar…había pertenecido a su madre, a una mujer que nunca conoció.

Britney se inclinó hacia adelante, emocionada.

—Bueno…

Samantha apagó el motor.

—Bueno…

Ambas miraron el camino que se extendía más allá del portón.

—Supongo que este es el momento —dijo Britney.

Samantha respiró hondo. Empujó el portón.

La camioneta avanzó lentamente por el camino de tierra rodeado de árboles y campos abiertos.

A lo lejos comenzaron a verse las construcciones del rancho.

Una casa grande de madera, graneros, corrales.

Y varios caballos moviéndose tranquilamente bajo el sol.

Britney abrió los ojos con sorpresa.

—Ok… esto es mucho más grande de lo que imaginaba.

Samantha también lo estaba observando.

Todo tenía una sensación extraña.

Como si ese lugar… de alguna manera…la estuviera esperando.

La camioneta se detuvo frente a la casa principal.

La puerta se abrió antes de que pudieran bajar.

Un matrimonio mayor salió al porche con expresiones curiosas pero amables.

Britney susurró:

—Debo decir algo elegante, ¿verdad?

—Solo sé normal.

Las dos bajaron de la camioneta.

El hombre dio un paso adelante.

—Buenas tardes.

Tenía el rostro curtido por el sol y una sonrisa tranquila.

—¿Podemos ayudarlas?

Samantha dio un pequeño paso al frente.

—Soy Samantha Whitmore.

El hombre y la mujer intercambiaron una mirada rápida.

—Ah —dijo él lentamente. Entonces… usted es la hija de Lydia.

El nombre volvió a resonar.

Samantha asintió.

—Supongo que sí.

El hombre extendió la mano.

—Mi nombre es Tomás Hayes.

Señaló a la mujer junto a él.

—Y ella es mi esposa, Margaret.

Britney saludó con una sonrisa.

—Hola.

Margaret miró a Samantha con una mezcla de curiosidad y emoción.

—Lydia hablaba mucho de usted.

Samantha se sorprendió.

—¿En serio?

Tomás asintió.

—Mucho.

Samantha estaba a punto de hacer otra pregunta…

Cuando se escuchó un sonido de motor detrás de la casa.

Una camioneta negra apareció levantando una pequeña nube de polvo.

Se detuvo cerca del granero.

La puerta se abrió.

Un hombre bajó del vehículo, alto, con la camisa de trabajo arremangada y las botas llenas de polvo.

Cabello oscuro ligeramente desordenado.

Su mirada se desplazó hacia las dos desconocidas que estaban frente a la casa.

Sus ojos se detuvieron en Samantha.

La observó unos segundos.

Sin sonrisa.

Sin curiosidad.

Solo una expresión fría y evaluadora.

Tomás suspiró suavemente.

—Ah…

Britney susurró:

—Por favor, dime que ese no es un asesino.

Tomás señaló al hombre.

—Ese es nuestro hijo.

El hombre caminó lentamente hacia ellos.

—Henry Hayes.

Y aunque Samantha todavía no lo sabía…

Ese hombre estaba a punto de convertirse en el mayor problema de su vida.

Y tal vez…en el más importante.

Capítulo 5: Primer encuentro

Henry Hayes caminaba con paso tranquilo, pero firme.

El polvo del camino crujía bajo sus botas mientras se acercaba a la casa principal. Sus ojos se posaron primero en la camioneta plateada estacionada frente al porche… demasiado nueva para ser de alguien del pueblo.

Luego vio a las dos mujeres.

Tacones.

Ropa elegante.

Cabello perfectamente arreglado.

Definitivamente no eran de Redwood Creek.

Su mirada se detuvo un segundo más en Samantha.

Alta, postura segura, ojos azules intensos y una elegancia que parecía completamente fuera de lugar en medio de un rancho.

Henry frunció ligeramente el ceño.

Algo en aquella escena no le gustaba.

Tomás carraspeó suavemente.

—Henry.

El joven levantó la mirada hacia su padre.

—Llegaste temprano.

—Terminé antes con las cercas del lado norte —respondió Henry.

Luego volvió a mirar a las dos desconocidas.

—¿Quiénes son?

Britney miró a Samantha con una expresión que decía claramente: esto se va a poner interesante.

Tomás señaló a Samantha.

—Ella es Samantha Whitmore.

Henry no reaccionó de inmediato.

Pero cuando su padre añadió:

—La hija de Lydia Bennett.

El silencio volvió a caer sobre el lugar.

Henry parpadeó una vez.

Luego otra.

Y finalmente sus ojos volvieron a Samantha.

Esta vez con una expresión completamente distinta.

Más fría.

Más dura.

—¿La hija de Lydia? —repitió.

Samantha asintió ligeramente.

—Eso parece.

Henry cruzó los brazos.

—No sabía que Lydia tenía una hija.

—Yo tampoco —respondió Samantha.

Margaret intervino rápidamente con una sonrisa amable.

—Acaban de llegar hoy.

Britney levantó la mano.

—Desde Nueva York.

Henry soltó una pequeña exhalación que sonó casi como una risa sin humor.

—Claro.

Su mirada volvió a Samantha.

—Nueva York.

El tono en que lo dijo no era precisamente amigable.

Samantha levantó ligeramente la barbilla.

—¿Hay algún problema con eso?

Henry se encogió de hombros.

—Depende.

—¿De qué?

—De cuánto tiempo planea quedarse.

Britney abrió los ojos con sorpresa.

—Bueno… eso fue directo.

Tomás lanzó una mirada de advertencia a su hijo.

—Henry.

Pero él no parecía dispuesto a suavizar su actitud.

—Solo pregunto.

Samantha cruzó los brazos también.

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—No.

Henry asintió lentamente.

—Entonces supongo que vino a ver la propiedad.

—Algo así.

—Y después venderla.

La palabra cayó como una piedra.

Samantha frunció el ceño.

—No he decidido nada.

Henry inclinó ligeramente la cabeza.

—Pero probablemente lo hará.

Britney intervino.

—Oye… acabamos de llegar hace cinco minutos.

Henry ni siquiera la miró.

—Este rancho lleva décadas en pie.

Sus ojos volvieron a Samantha.

—La gente de ciudad suele venir, mirar alrededor, decir que es "encantador"… y luego venderlo al primer inversionista que quiere construir hoteles o complejos turísticos.

Samantha sintió que algo dentro de ella se encendía.

—No soy "la gente de ciudad".

Henry levantó una ceja.

—¿No?

Britney miró los tacones de Samantha.

Luego miró las botas de Henry.

—Bueno… técnicamente sí lo es.

Samantha la fulminó con la mirada.

—Gracias, Britney.

Britney levantó las manos.

—Solo digo que los tacones no ayudan a tu argumento.

Henry finalmente sonrió.

Pero no era una sonrisa cálida.

Era más bien divertida.

—Exacto.

Samantha apretó los labios.

—No vine a vender nada.

—Entonces, ¿a qué vino?

La pregunta quedó flotando en el aire.

Samantha dudó un segundo antes de responder.

—A entender por qué mi madre me dejó en adopción.

La expresión de Henry cambió apenas.

No fue algo grande.

Pero Samantha lo notó.

—Y a saber por qué me dejó este lugar —añadió.

Henry bajó la mirada hacia el suelo unos segundos.

Luego volvió a levantarla.

—Lydia no hacía nada sin una razón.

Margaret asintió suavemente.

—Eso es cierto.

Samantha dio un paso adelante.

—Entonces quizá ustedes puedan ayudarme a entenderla.

Tomás intercambió una mirada con su esposa.

—Haremos lo que podamos.

Henry no dijo nada.

Simplemente se dio la vuelta.

—Tengo trabajo que hacer.

Britney lo vio alejarse.

—Wow.

Samantha también lo observó.

El hombre caminaba hacia el granero sin mirar atrás.

—Es… encantador —dijo Britney con sarcasmo.

Tomás suspiró.

—Henry puede ser un poco… directo.

Margaret añadió con una sonrisa suave:

—Pero tiene buen corazón.

Britney levantó una ceja.

—Ese corazón está muy bien escondido.

Samantha seguía mirando hacia el granero.

—Creo que no le caigo bien.

Tomás soltó una pequeña risa.

—Henry desconfía de la gente que no conoce.

Britney murmuró:

—Creo que también desconfía de la gente que sí conoce.

Margaret dio unas palmadas suaves.

—Bueno, ya habrá tiempo para todo eso. Primero deben ver la casa.

Samantha volvió a mirar el rancho.

El lugar era enorme.

Campos interminables.

Caballos moviéndose tranquilamente.

Graneros antiguos llenos de historia.

Y en algún punto entre todo eso…

las respuestas que estaba buscando.

Aunque algo le decía que encontrarlas no sería tan fácil.

Especialmente si ese hombre llamado Henry Hayes decidía seguir mirándola como si fuera una invasora.

Britney se inclinó hacia ella y susurró:

—Debo admitir algo.

—¿Qué?

—Es el tipo más guapo que he visto en semanas.

Samantha rodó los ojos.

—Es el tipo más arrogante que he visto en años.

Britney sonrió.

—Eso también.

Samantha volvió a mirar hacia el granero.

Henry ya no estaba ahí.

Pero tenía la sensación de que aquel primer encuentro… no sería el último.

Ni de cerca.

Capítulo 6: Una chica de ciudad en problemas

La mañana en Silver Willow Ranch comenzó mucho antes de lo que Samantha estaba acostumbrada.

Mucho antes.

Demasiado antes.

—¿Por qué hay gallos? —murmuró Britney desde la otra cama.

Samantha abrió un ojo con dificultad.

El reloj marcaba 6:02 a.m.

—No lo sé —respondió con voz adormilada—. Pero si ese animal vuelve a cantar… juro que lo voy a demandar por alteración del orden público.

Como si lo hubiera escuchado, el gallo volvió a cantar con entusiasmo desde algún lugar del rancho.

Britney se cubrió la cabeza con la almohada.

—Odio Texas.

Samantha dejó escapar una pequeña risa.

La habitación donde estaban era acogedora. Madera clara, una ventana grande que dejaba entrar la luz del amanecer y una vista impresionante de los campos.

Era bonito.

Pero definitivamente no era Manhattan.

Samantha se levantó lentamente de la cama.

—Creo que deberíamos levantarnos.

Britney levantó apenas la cabeza.

—¿Para qué?

—Para ver el rancho.

—Podemos verlo desde la ventana.

—Britney.

—¿Sí?

—Vinimos hasta Texas.

Britney suspiró dramáticamente.

—Eso sigue pareciéndome una mala decisión.

Treinta minutos después, ambas salieron de la casa.

Britney llevaba unos jeans que claramente no eran su estilo habitual.

Samantha también había cambiado sus tacones por unas botas prestadas de Margaret.

—Esto se siente raro —dijo Britney mirando sus pies.

—Son botas.

—Lo sé.

—La gente aquí las usa todo el tiempo.

Britney caminó unos pasos.

—Me siento como si estuviera en una película.

Samantha estaba a punto de responder cuando escucharon un ruido cerca del granero.

Henry.

Estaba levantando unas tablas de madera junto a un corral.

Llevaba una camisa sencilla arremangada y sus botas estaban cubiertas de polvo.

Cuando las vio acercarse, levantó una ceja.

—¿Se perdieron?

Britney respondió antes que Samantha.

—No. Estamos explorando.

Henry las miró de arriba abajo.

—¿A las siete de la mañana?

Samantha cruzó los brazos.

—Algunos de nosotros somos madrugadores.

Henry miró el reloj en su muñeca.

—Son las seis cuarenta y cinco.

Britney susurró:

—Nos descubrió.

Samantha ignoró el comentario.

—Queremos ayudar.

Henry la miró unos segundos.

Luego miró a Britney.

Luego volvió a Samantha.

—No.

Samantha frunció el ceño.

—¿No?

—No.

—¿Por qué?

Henry señaló el corral detrás de él.

—Porque esto no es un paseo turístico.

Britney levantó la mano.

—Podemos aprender.

Henry la observó con expresión escéptica.

—¿Alguna vez han trabajado en un rancho?

Ambas guardaron silencio.

Henry asintió.

—Eso pensé.

Samantha dio un paso adelante.

—No necesitamos experiencia para intentar.

Henry suspiró.

—Está bien.

Tomó una cubeta y se la entregó.

—Den de comer a las gallinas.

Britney miró dentro de la cubeta.

—¿Esto es comida para gallinas?

—Sí.

—Huele raro.

—Porque es comida para gallinas.

Britney caminó hacia el gallinero con cautela.

—Hola, gallinitas…las gallinas la miraron.

Un segundo después…

todo se volvió caos.

—¡SAM! —gritó Britney.

Una de las gallinas empezó a correr hacia ella.

Luego otra.

Luego todas.

—¡¿POR QUÉ VIENEN HACIA MÍ?!

Henry se apoyó contra la cerca cruzando los brazos.

—Porque tienes la comida.

Britney empezó a correr.

—¡QUÍTENMELAS!

Las gallinas la siguieron por todo el corral.

Samantha intentaba no reír.

—¡Solo deja la cubeta!

—¡NO PUEDO!

Henry finalmente se echó a reír.

Una risa auténtica.

—Solo déjala en el suelo.

Britney soltó la cubeta como si estuviera en llamas.

Las gallinas se lanzaron sobre la comida.

Britney quedó de pie, respirando agitadamente.

—Las odio.

Samantha estaba riendo abiertamente.

—Eso fue increíble.

Britney la miró indignada.

—No fue increíble.

Henry se acercó con una pequeña sonrisa todavía en el rostro.

—Ok… quizá las gallinas no eran la mejor opción.

Samantha levantó la barbilla.

—Yo puedo hacer algo más.

Henry la miró con curiosidad.

—¿Ah sí?

—Sí.

—Bien.

Señaló un caballo en el corral cercano.

—Ayúdame con él.

Samantha caminó hacia el caballo con confianza… al menos al principio.

El animal era grande.

Mucho más grande de lo que parecía desde lejos.

—Es hermoso —dijo Samantha.

Henry le dio unas instrucciones rápidas.

—Solo sostén la cuerda mientras lo saco del corral.

Samantha asintió.

—Eso parece fácil.

Henry abrió la puerta del corral.

El caballo salió con energía.

Demasiada energía.

Samantha intentó sostener la cuerda.

El caballo tiró con fuerza.

—¡Espera! —dijo Samantha.

Henry reaccionó rápido, pero no lo suficiente.

Samantha perdió el equilibrio.

Un segundo después… estaba sentada en el suelo.

Con polvo en todo el pantalón.

Britney empezó a reír tan fuerte que casi se cayó.

Henry sostuvo al caballo y luego miró a Samantha.

Intentó mantenerse serio; realmente lo intentó, pero no lo logró.

—¿Estás bien?

Samantha lo miró desde el suelo.

—Estoy considerando vender el rancho.

Henry volvió a reír.

Britney se acercó ayudándola a levantarse.

—Esto definitivamente es mejor que Nueva York.

Samantha se sacudió el polvo.

Henry la observó unos segundos.

Había algo diferente en su expresión ahora.

Menos desconfianza.

Más curiosidad.

—Para alguien que nunca ha estado en un rancho… —dijo finalmente— no lo hiciste tan mal.

Samantha levantó una ceja.

—¿Eso fue un cumplido?

Henry se encogió de hombros.

—Tal vez.

Britney sonrió.

—Progreso.

Samantha miró el rancho a su alrededor.

El polvo.

Los caballos.

El aire abierto.

Nada de eso formaba parte de su mundo.

Pero por primera vez desde que llegó…

No le parecía tan extraño.

Y aunque todavía no lo admitiría…

Tampoco le parecía tan terrible.

Especialmente cuando ese vaquero arrogante comenzaba, muy lentamente… a mirarla de una forma distinta.

Capítulo 7: El desafío

—No te atreves.

Henry lo dijo con total tranquilidad mientras apoyaba los brazos en la cerca del corral.

Samantha entrecerró los ojos.

—¿Perdón?

Britney, que estaba sentada en una paca de heno observando todo como si fuera una película, levantó las cejas.

—Oh… esto se está poniendo bueno.

Henry señaló al caballo café dentro del corral.

—Dijiste que querías demostrar que puedes adaptarte al rancho.

—Sí.

—Entonces móntalo.

Samantha miró al caballo.

Luego miró a Henry.

—¿Eso es todo?

Henry asintió con calma.

—Eso es todo.

Britney levantó la mano.

—Solo quiero dejar claro que esto es una pésima idea.

Samantha ignoró el comentario.

Caminó hacia el caballo, intentando mantener una expresión segura, aunque por dentro su corazón golpeaba como un tambor.

El animal era enorme.

Y definitivamente tenía más carácter que las gallinas.

Henry observaba desde la cerca.

—¿Alguna vez has montado?

Samantha no respondió.

Henry sonrió ligeramente.

—Eso pensé.

Samantha tomó la cuerda del caballo con cuidado.

El animal resopló.

Ella dio un pequeño salto hacia atrás.

Britney empezó a reír.

—Sam, creo que te acaba de juzgar.

Samantha respiró hondo.

—Tranquilo… caballo…

Henry levantó una ceja.

—Se llama Bandido.

—Perfecto —dijo Samantha. Tranquilo, Bandido.

Bandido volvió a resoplar.

Henry abrió la puerta del corral y entró.

—Ven.

Tomó las riendas con facilidad.

—Primero tienes que subirte.

—Gracias, genio.

Henry se acercó al caballo y lo sostuvo con firmeza.

—Pon el pie aquí.

Samantha intentó subir.

No lo logró.

Lo intentó otra vez.

Tampoco.

Britney estaba doblada de la risa.

—Esto es mejor que Netflix.

Samantha finalmente logró impulsarse.

Subió… aunque de forma nada elegante.

Cuando quedó sentada en el caballo, abrió los ojos con sorpresa.

—Estoy arriba.

Henry se cruzó de brazos.

—No cantes victoria todavía.

Bandido empezó a caminar.

Samantha se agarró con fuerza.

—Ok… esto está bien.

El caballo dio un paso más rápido.

—Esto sigue bien.

Bandido trotó.

—¡Esto ya no está tan bien!

Henry soltó una pequeña risa.

—Relájate.

—¡No puedo relajarme!

Britney gritó desde la cerca:

—¡Parece que estás bailando!

El caballo empezó a trotar un poco más rápido.

Samantha rebotaba sobre la silla.

—¡HENRY!

—Sostén las riendas.

—¡LAS ESTOY SOSTENIENDO!

Bandido giró hacia el camino que conducía al pueblo.

Henry frunció el ceño.

—Oh no.

Samantha lo miró aterrada.

—¿Qué significa "oh no"?

Bandido salió del corral… directo hacia el camino principal.

Henry silbó fuerte.

—¡Bandido!

Pero el caballo ya había decidido correr.

Britney gritó desde atrás:

—¡SAM SE ESTÁ YENDO!

Samantha apenas podía mantenerse en equilibrio.

—¡NO SÉ CÓMO FRENAR!

Bandido trotó por el camino que conducía a Redwood Creek.

Y justo en ese momento… Varias personas del pueblo caminaban por la calle principal.

Un señor con sombrero alzó la vista.

—¿Eso es…?

Una señora dejó caer su bolsa del mercado.

—¡Una chica de ciudad a caballo!

Samantha pasó frente a ellos como un torbellino.

—¡PERDÓN!

Un grupo de niños empezó a correr detrás del caballo riendo.

—¡MÍRENLA!

—¡VA VOLANDO!

Samantha gritaba mientras intentaba mantener el equilibrio.

—¡ALGUIEN DETÉNGAME!

De repente… Henry apareció galopando detrás en otro caballo.

Su expresión era mitad preocupación, mitad diversión.

—¡Tira un poco de la rienda izquierda!

—¿CUÁL ES LA IZQUIERDA?!

Henry alcanzó finalmente a Bandido.

Extendió el brazo y tomó las riendas.

El caballo se detuvo poco a poco.

Silencio.

Samantha respiraba agitada.

Un grupo de personas del pueblo observaba la escena con curiosidad.

Henry la miró.

—Bueno.

Samantha lo miró con los ojos muy abiertos.

—Casi muero.

Henry negó con la cabeza.

—Solo diste un paseo.

Un niño del pueblo gritó:

—¡Fue genial!

Todos empezaron a reír.

Samantha finalmente bajó del caballo… o, más bien, cayó al suelo.

Henry la sostuvo antes de que se desplomara.

Por un segundo quedaron muy cerca.

Demasiado cerca.

Los ojos azules de Samantha se encontraron con los de Henry.

El mundo pareció quedarse en silencio por un momento.

Luego Britney llegó corriendo.

—¡SAM!

Rompió completamente el momento.

—¡Eso fue increíble!

Samantha la miró.

—Nunca vuelvo a montar un caballo.

Henry sonrió.

—Eso dijiste también de las gallinas.

Samantha suspiró.

El pueblo seguía observándolos.

Y aunque estaba llena de polvo, despeinada y completamente fuera de su elemento… por primera vez desde que llegó… Samantha estaba riendo.

Y Henry también.

Capítulo 8: El cuarto de Lydia

Aquella tarde el rancho estaba sorprendentemente tranquilo.

Después del espectáculo que Samantha había dado en el pueblo montando a Bandido, Margaret había insistido en que ambas descansaran un poco.

—Las aventuras pueden esperar hasta mañana —les dijo con una sonrisa.

Britney estaba profundamente dormida en la habitación.

Pero Samantha no podía.

Había algo que no la dejaba tranquila desde que llegó.

Su madre, Lydia Bennett, la mujer que nunca conoció… y que, aun así, le había dejado todo aquello.

El rancho, la tierra... Y un montón de preguntas.

Samantha caminó por el pasillo antiguo de la casa principal.

Las tablas de madera crujían suavemente bajo sus pasos.

Aquella casa tenía historia… Se sentía en el aire.

Cuadros antiguos colgaban de las paredes, así como paisajes, caballos y algunas fotografías muy antiguas.

Samantha se detuvo frente a una.

Era Lydia, más joven… quizá de unos treinta años, hermosa, de cabello oscuro, con la misma mirada azul intensa.

Samantha sintió un pequeño nudo en el pecho.

—Te pareces mucho a ella.

La voz la hizo girar.

Margaret estaba detrás de ella.

Samantha volvió a mirar la foto.

—Nunca la conocí.

Margaret se acercó lentamente.

—Pero ella hablaba de ti.

Samantha la miró sorprendida.

—¿De mí?

Margaret asintió.

—Siempre.

Samantha sintió que el corazón le latía más rápido.

—Entonces… ¿por qué me dejó?

Margaret dudó un momento.

—Esa historia… no es tan simple.

Samantha frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

Margaret suspiró suavemente.

—Quizá deberías ver algo.

La condujo por el pasillo hasta la puerta al final. Era una puerta antigua, de madera oscura.

Margaret la abrió lentamente.

—Este era su cuarto.

Samantha entró.

El lugar parecía detenido en el tiempo. La cama perfectamente hecha, una cómoda antigua, un escritorio cerca de la ventana y varias cajas guardadas en un rincón.

—Nunca tocamos nada —dijo Margaret. Lydia pidió que todo se quedara así.

Samantha caminó lentamente por la habitación.

Todo parecía… demasiado personal, demasiado íntimo.

Cómo entrar en la vida de alguien que ya no estaba.

Se acercó al escritorio. Había algunos libros, cartas y un cuaderno de cuero oscuro.

Samantha lo tomó.

—¿Esto…?

Margaret sonrió suavemente.

—Creo que es su diario.

Samantha lo abrió con cuidado.

Las páginas estaban llenas de una escritura elegante.

La letra de Lydia.

Samantha comenzó a leer.

"Hoy volví a pensar en mi hija."

Su respiración se detuvo.

Pasó la página.

"Sé que algún día querrá saber por qué la dejé ir."

Otra página.

"No fue una decisión… fue la única forma de protegerla."

Samantha levantó la vista lentamente.

—¿Protegerme… de qué?

Margaret bajó la mirada.

—Eso… Lydia nunca lo explicó.

Samantha volvió al diario.

Pasó varias páginas más.

Había muchas entradas, muchas emociones, mucho amor, pero también… miedo.

En una de las últimas páginas, una frase estaba subrayada varias veces.

"Si algún día Samantha regresa al rancho… Henry sabrá qué hacer."

Samantha sintió un escalofrío.

—Henry.

Margaret levantó la cabeza.

—¿Qué dice?

Samantha le mostró la página.

Margaret frunció el ceño.

—Eso es extraño.

—¿Por qué?

—Porque Lydia escribió eso años antes de morir.

Samantha sintió que su mente empezaba a conectar piezas.

—Entonces… Henry sabía algo.

Margaret dudó.

—Henry era muy cercano a Lydia.

—¿Qué tan cercano?

Margaret sonrió suavemente.

—Ella confiaba mucho en él.

Samantha cerró el diario lentamente.

—Entonces necesito hablar con él.

Justo en ese momento… se oyó la puerta principal abrirse.

Botas caminando por el piso de madera.

Henry había regresado.

Samantha salió de la habitación casi corriendo.

Lo encontró en la cocina sirviéndose agua.

Cuando la vio, levantó una ceja.

—¿Te recuperaste del paseo?

Samantha caminó directo hacia él.

—Tenemos que hablar.

Henry la miró con curiosidad.

—Eso suena serio.

Samantha abrió el diario y lo puso frente a él.

—Mi madre escribió que tú sabías qué hacer si yo volvía.

Henry miró la página.

Su expresión cambió, la sonrisa desapareció, el silencio llenó la habitación.

Samantha cruzó los brazos.

—Así que voy a preguntarte una sola vez.

Henry levantó la mirada lentamente.

—¿Qué sabías de mi madre?

Henry tardó unos segundos en responder.

Luego suspiró.

—Más de lo que imaginas.

Samantha sintió que su corazón se aceleraba.

—Entonces empieza a hablar.

Henry apoyó las manos sobre la mesa.

—No aquí.

Samantha frunció el ceño.

—¿Por qué?

Henry la miró con seriedad.

—Porque lo que tengo que mostrarte… no está en esta casa.

El misterio apenas comenzaba.

Capítulo 9: La cabaña

Henry no dijo una palabra más después de aquello. Simplemente tomó su sombrero de la mesa, abrió la puerta trasera de la casa y salió al exterior. Samantha lo siguió sin discutir. Sentía el corazón acelerado y una mezcla de emociones que apenas podía ordenar: curiosidad, ansiedad, un poco de miedo… y también una creciente certeza de que aquel hombre sabía mucho más sobre su madre de lo que había querido admitir desde el principio.

El sol comenzaba a bajar sobre el rancho, pintando los campos con tonos dorados y naranjas. Henry caminaba delante de ella con paso firme, atravesando uno de los senderos de tierra que se perdían entre los árboles. Samantha tuvo que apurar el paso para alcanzarlo.

—¿A dónde vamos? —Preguntó finalmente.

—A un lugar que casi nadie conoce —respondió él sin detenerse.

El silencio volvió a caer entre ellos. Solo se escuchaba el viento moviendo las ramas de los árboles y el crujido de las botas de Henry contra la tierra seca. Samantha lo observaba mientras caminaban. Era extraño. Desde que había llegado al rancho, él se había mostrado distante, incluso algo hostil… pero ahora había algo distinto en su expresión, algo más serio, más cargado de pensamientos.

Después de varios minutos caminando, el sendero se volvió más estrecho y los árboles más densos. Finalmente, Henry se detuvo frente a una pequeña construcción de madera casi escondida entre los robles.

Era una cabaña antigua.

El techo estaba cubierto de hojas secas y el porche parecía no haber sido usado en años, pero aun así, el lugar tenía una extraña sensación de calma.

Samantha miró la cabaña con curiosidad.

—¿Qué es este lugar?

Henry se apoyó en la baranda del pequeño porche antes de responder.

—Era el lugar favorito de tu madre.

Samantha sintió un leve sobresalto en el pecho.

—¿Mi madre venía aquí?

—Todo el tiempo.

Henry empujó la puerta. Esta se abrió con un leve chirrido, como si llevara años esperando ese momento. El interior estaba cubierto de polvo, pero aún conservaba muebles simples: una mesa de madera, una pequeña estufa de hierro, dos sillas viejas y una ventana desde la que se veía todo el campo abierto.

Samantha caminó lentamente por el lugar, pasando la mano por la mesa como si intentara imaginar a Lydia sentada allí años atrás.

—¿Por qué nunca me dijeron que existía esto?

Henry la observaba desde la puerta.

—Porque Lydia pidió que se mantuviera en secreto.

Samantha giró hacia él.

—¿Por qué?

Henry no respondió inmediatamente. En cambio, caminó hasta una esquina de la cabaña donde había un viejo baúl de madera. Se agachó, lo abrió y sacó una pequeña caja metálica.

—Porque aquí guardaba cosas importantes.

Samantha se acercó. Henry dejó la caja sobre la mesa y la abrió lentamente. Dentro había varias fotografías antiguas, algunas cartas

dobladas y un pequeño colgante de plata.

Samantha tomó una de las fotos.

Era Lydia… mucho más joven, sonriendo frente al mismo rancho.

Pero no estaba sola.

Había un hombre a su lado.

Y también… un niño.

Samantha frunció el ceño.

—¿Quiénes son?

Henry apoyó las manos sobre la mesa.

—El hombre era un socio de tu madre hace muchos años.

Samantha volvió a mirar la foto.

—¿Socio de qué?

Henry la miró directamente a los ojos.

—De algo que Lydia nunca quiso que se supiera.

Samantha sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué estás diciendo?

Henry tomó una de las cartas de la caja y se la entregó.

—Lee.

Samantha la abrió con las manos ligeramente temblorosas. La carta tenía la misma letra elegante que había visto en el diario.

"Si algún día Samantha encuentra esto, significará que el pasado finalmente la alcanzó. Espero que Henry esté con ella cuando

suceda… porque solo él sabe la verdad sobre lo que ocurrió en Redwood Creek."

Samantha levantó la mirada lentamente.

—Henry…

Su voz apenas era un susurro.

—¿Qué ocurrió en Redwood Creek?

Henry sostuvo su mirada durante varios segundos antes de responder.

—Algo que cambió la vida de tu madre para siempre.

Samantha tragó saliva.

—Entonces dime qué fue.

Henry suspiró profundamente.

—No puedo contártelo todo hoy.

Samantha golpeó la mesa con frustración.

—¡Siempre dices lo mismo!

Henry no se alteró.

—Porque todavía no estás lista para escucharlo.

—¡Claro que lo estoy!

Henry la observó con calma, pero con una intensidad que hizo que Samantha guardara silencio.

—Cuando Lydia te dejó en adopción —dijo finalmente— no fue porque no pudiera cuidarte… fue porque alguien estaba buscando a su familia.

El aire pareció congelarse en la cabaña.

Samantha sintió que su corazón daba un salto.

—¿Buscar… para qué?

Henry negó con la cabeza.

—Esa es la parte que todavía no puedo explicarte.

Samantha se quedó completamente inmóvil.

De repente, el misterio que rodeaba a su madre era mucho mayor de lo que había imaginado.

Y apenas estaban empezando a descubrirlo.

Capítulo 10: La tormenta

Cuando salieron de la cabaña, el cielo ya no era el mismo de antes. Las nubes oscuras se habían acumulado sobre el rancho y el viento comenzaba a levantarse con fuerza, moviendo las ramas de los árboles y formando pequeñas espirales de polvo en el camino. Samantha miró hacia arriba con preocupación mientras una ráfaga de aire frío le movía el cabello.

—Parece que va a llover —dijo.

Henry observó el horizonte durante unos segundos, evaluando la tormenta que se acercaba.

—No solo va a llover —respondió con calma. Va a caer una tormenta fuerte.

Un trueno lejano resonó en el cielo, como para confirmar sus palabras. Samantha sintió un pequeño escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Estamos lejos de la casa?

Henry negó con la cabeza.

—Más o menos media hora caminando… si nos apuramos.

No esperó respuesta. Empezó a caminar por el sendero de regreso al rancho con paso rápido. Samantha lo siguió, tratando de no quedarse atrás mientras el viento se volvía cada vez más intenso. El cielo parecía oscurecerse minuto a minuto, como si la tarde hubiera decidido convertirse en noche antes de tiempo.

Caminaron en silencio durante varios minutos. Samantha tenía demasiadas preguntas en la cabeza después de lo que había visto en la cabaña. Las fotos, las cartas, el misterio que rodeaba a su madre… todo parecía formar parte de una historia mucho más grande.

—Henry —dijo finalmente.

Él no dejó de caminar.

—¿Sí?

—Lo que dijiste antes… sobre alguien que busca a la familia de mi madre…

Henry suspiró, como si hubiera esperado que la conversación volviera a ese punto.

—No es fácil de explicar.

—Pero es la verdad, ¿no?

Henry se detuvo un momento y la miró. Sus ojos tenían una seriedad que Samantha no había visto antes.

—Sí.

Un relámpago iluminó el cielo y, un segundo después, un trueno sacudió el aire.

Y entonces comenzó a llover.

Primero fueron gotas dispersas, pero en cuestión de segundos se convirtió en una lluvia intensa que empapó todo a su alrededor. Samantha soltó un pequeño grito cuando el agua fría le cayó sobre la cabeza.

—¡Genial! —exclamó, intentando cubrirse con los brazos.

Henry miró alrededor rápidamente.

—Hay un cobertizo cerca —dijo señalando entre los árboles. Ven.

Corrieron bajo la lluvia hasta una pequeña estructura de madera donde se guardaban las herramientas del rancho. El techo era sencillo, pero suficiente para protegerlos de la tormenta que ahora caía con toda su fuerza.

Ambos entraron empapados.

Samantha se apoyó contra la pared intentando recuperar el aliento. El cabello se le pegaba a la cara y su ropa estaba completamente mojada.

Henry sacudió un poco su sombrero antes de dejarlo sobre una mesa vieja.

—Te dije que venía una tormenta.

Samantha lo miró con ironía.

—Gracias por la advertencia… un poco tarde.

Henry sonrió apenas.

El sonido de la lluvia golpeando el techo llenaba el silencio del lugar. Durante unos segundos ninguno de los dos habló. Samantha observó el paisaje gris que se veía a través de la puerta abierta del cobertizo, mientras intentaba procesar todo lo que había ocurrido en su vida desde que llegó al rancho.

Hace apenas unos días estaba en Nueva York, preocupándose por cenas elegantes y reuniones sociales.

Ahora estaba empapada en medio de una tormenta en Texas… con un hombre que parecía guardar la mitad de los secretos de su madre.

—Esto es absurdo —dijo finalmente.

Henry levantó la vista.

—¿Qué cosa?

—Mi vida.

Henry apoyó el hombro contra una de las columnas del cobertizo.

—¿Por qué lo dices?

Samantha soltó una pequeña risa.

—Hace una semana mi mayor problema era decidir qué vestido usar para una gala… y ahora estoy aquí, tratando de descubrir por qué mi madre me dejó en adopción mientras un vaquero misterioso me habla en acertijos.

Henry levantó una ceja.

—¿Vaquero misterioso?

—No lo niegues.

Henry sonrió de lado.

—Tal vez me gusta el misterio.

Samantha lo miró fijamente.

—Pues a mí no.

El viento sopló con fuerza y la lluvia golpeó el techo con mayor intensidad. Samantha se frotó los brazos para entrar en calor.

Henry lo notó.

Sin decir nada, se quitó la chaqueta y se la ofreció.

—Toma.

Samantha dudó un segundo antes de aceptarla.

—Gracias.

Se la puso. La prenda todavía estaba tibia y tenía un ligero aroma a cuero y campo que, por alguna razón, resultaba reconfortante.

El silencio volvió a instalarse entre ellos.

Pero esta vez era distinto.

Más tranquilo.

Henry la observaba con una expresión difícil de descifrar. Samantha también lo miraba, consciente de que estaban muy cerca el uno del otro en aquel pequeño cobertizo.

—Henry —dijo en voz más suave.

—¿Sí?

—¿Por qué mi madre confió en ti?

Henry tardó unos segundos en responder.

—Porque yo estaba allí cuando todo ocurrió.

Samantha frunció ligeramente el ceño.

—¿Cuándo ocurrió qué?

Henry inhaló profundamente.

—La noche que cambió la vida de Lydia para siempre.

Samantha sintió que el corazón le latía más rápido.

—¿Qué pasó esa noche?

Henry abrió la boca para responder.

Pero en ese momento un relámpago iluminó el cielo y un ruido fuerte resonó cerca del rancho.

Ambos voltearon hacia la puerta.

—Eso vino del establo —dijo Henry de inmediato.

Tomó su sombrero y se dirigió hacia afuera.

Samantha lo siguió.

—¿Qué pasó?

Henry miró hacia la distancia con preocupación.

—Algo asustó a los caballos.

La lluvia seguía cayendo con fuerza mientras ambos corrían de regreso al rancho.

La conversación había quedado interrumpida.

Pero Samantha sabía algo con certeza ahora.

Henry estaba a punto de decirle la verdad sobre su madre.

Y cada minuto que pasaba la acercaba más a descubrirla.

Capítulo 11: Bajo la lluvia

La lluvia seguía cayendo con fuerza cuando llegaron al establo. El viento golpeaba las puertas de madera y los relámpagos iluminaban el rancho durante segundos, dejando ver el caos que se había desatado. Algunos caballos relinchaban nerviosos dentro de los corrales y uno de los portones laterales estaba abierto, golpeando contra la pared cada vez que el viento soplaba con más fuerza.

Henry reaccionó de inmediato.

—¡Maldita sea! —murmuró mientras corría hacia el portón.

Samantha lo siguió, tratando de no resbalar en el barro que ya comenzaba a cubrir el suelo.

—¿Qué pasó?

Henry empujó el portón para cerrarlo, luchando contra el viento.

—La tormenta los asustó.

Otro fuerte relincho resonó desde uno de los corrales. Samantha miró hacia el interior y vio a uno de los caballos moverse inquieto, golpeando el suelo con las patas.

—¿Qué hacemos?

Henry la miró rápidamente.

—Necesito calmarlos antes de que empiecen a lastimarse entre sí.

Entró al establo sin dudarlo. Samantha se quedó en la puerta un segundo, mirando la lluvia caer con violencia detrás de ella. Podía haberse quedado ahí, esperando a que todo pasara… pero algo dentro de ella se negó a hacerlo.

Respiró hondo y entró.

El interior del establo olía a heno mojado y madera húmeda. Los caballos estaban inquietos, moviéndose de un lado a otro. Henry se acercó a uno de ellos hablándole en voz baja mientras le acariciaba el cuello, intentando tranquilizarlo.

—Tranquilo… tranquilo, chico…

Samantha observó cómo el animal, poco a poco, dejaba de agitarse ante la voz firme de Henry.

—Necesito cerrar la puerta del fondo —dijo él sin apartar la mirada del caballo. ¿Puedes hacerlo?

Samantha giró la cabeza. La puerta que mencionaba estaba abierta y el viento la movía con fuerza.

—Creo que sí.

Caminó hacia ella con cuidado. El suelo estaba resbaloso y cada paso requería atención para no caer. Cuando llegó a la puerta, la agarró con ambas manos y empujó con fuerza para cerrarla. El viento parecía querer arrebatársela, pero finalmente logró asegurarla con el cerrojo.

Cuando volvió a girarse hacia Henry, lo vio observándola.

—Bien hecho —dijo.

Samantha levantó ligeramente la barbilla.

—No soy completamente inútil.

Henry soltó una pequeña risa.

—Nunca dije que lo fueras.

Un relámpago iluminó el establo y el trueno que lo siguió hizo que uno de los caballos se sobresaltara. Samantha se acercó con cautela.

—¿Qué hago?

Henry señaló una cubeta con avena.

—Dales un poco de comida. Eso suele calmarlos.

Samantha tomó la cubeta y comenzó a repartir la avena en los recipientes de los corrales. Los caballos se acercaron inmediatamente, distraídos por la comida.

Poco a poco el ruido dentro del establo comenzó a disminuir.

El viento seguía rugiendo afuera, pero adentro todo volvía a la calma.

Cuando Samantha terminó, dejó la cubeta en el suelo y se giró hacia Henry.

Ambos se quedaron mirándose en silencio.

Estaban empapados.

La lluvia había mojado por completo su ropa cuando corrieron desde el cobertizo, y ahora algunas gotas seguían cayendo del techo del establo.

Henry dio un paso hacia ella.

—No tenías que ayudar.

Samantha se encogió de hombros.

—Lo sé.

—Podrías haberte quedado en el cobertizo.

—También lo sé.

Henry la observó con una pequeña sonrisa.

—Pero viniste.

Samantha sostuvo su mirada.

—Supongo que estoy empezando a acostumbrarme a este lugar.

El sonido de la lluvia golpeando el techo llenó el silencio que siguió. Por un momento ninguno de los dos habló. La luz tenue del establo apenas iluminaba sus rostros, y el aire húmedo hacía que todo se sintiera más cercano… más íntimo.

Henry se acercó un poco más.

—No muchas personas de la ciudad habrían hecho eso.

Samantha cruzó los brazos.

—Tal vez no soy la típica persona de ciudad.

Henry bajó la mirada hacia sus botas llenas de barro y luego volvió a levantarla a los ojos.

—Definitivamente no.

Sus miradas se encontraron de nuevo.

Por un segundo, Samantha sintió que el mundo a su alrededor desaparecía. No había tormenta ni caballos ni misterios… solo aquel momento extraño y silencioso entre los dos.

Henry levantó una mano lentamente.

Dudó apenas un instante… pero finalmente apartó un mechón de cabello mojado del rostro de Samantha.

El gesto fue tan inesperado que ella se quedó completamente quieta.

—Deberías entrar a la casa antes de que te enfermes —dijo él en voz baja.

Pero ninguno de los dos se movió.

Sus rostros estaban muy cerca ahora.

Samantha podía sentir la respiración de Henry.

Y por un segundo… pensó que iba a besarla.

Pero en ese momento la puerta del establo se abrió de golpe.

—¡SAMANTHA!

La voz de Britney rompió por completo el momento.

Ambos se separaron de inmediato.

Britney entró corriendo, completamente empapada y con una expresión de pánico.

—¡Pensé que habían muerto en la tormenta!

Se detuvo al verlos a los dos frente a frente.

Miró a Samantha.

Luego a Henry.

Luego otra vez a Samantha.

—¿Interrumpí algo?

Samantha sintió cómo se le calentaban las mejillas.

—No.

Henry aclaró la garganta.

—Los caballos están bien.

Britney miró alrededor del establo.

—Perfecto… porque yo casi muero allá afuera.

Samantha suspiró.

El momento había desaparecido.

Pero algo había cambiado.

Y ambos lo sabían.

Capítulo 12: La siguiente pista

La tormenta duró casi toda la noche.

El sonido constante de la lluvia golpeando el techo del rancho acompañó las horas mientras el viento recorría los campos como si quisiera arrancar cada árbol de raíz. Cuando finalmente amaneció, el cielo estaba cubierto por nubes grises y el aire tenía ese olor fresco a tierra mojada que queda después de una tormenta fuerte.

Samantha despertó más temprano de lo habitual. Durante varios minutos permaneció mirando el techo de la habitación mientras repasaba todo lo que había ocurrido el día anterior: la cabaña escondida en el bosque, las cartas de su madre, las palabras de Henry… y aquel momento en el establo que todavía le aceleraba el corazón cuando lo recordaba.

Se sentó en la cama y suspiró.

—Esto es un desastre —murmuró para sí misma.

En la otra cama, Britney seguía profundamente dormida, abrazando una almohada como si fuera un salvavidas.

Samantha se levantó con cuidado para no despertarla y caminó hasta la ventana. El rancho parecía tranquilo nuevamente. Algunos caballos se movían en los corrales y a lo lejos se veía a Tomás revisando una de las cercas dañadas por el viento de la noche anterior.

Todo parecía normal.

Pero Samantha sabía que su vida ya no lo era.

Se cambió rápidamente y bajó a la cocina. Margaret ya estaba allí preparando café y pan tostado.

—Buenos días, querida —dijo con una sonrisa cálida.

—Buenos días.

Margaret la observó un momento.

—Parece que no dormiste mucho.

Samantha se encogió de hombros mientras se servía una taza de café.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Margaret asintió con comprensión.

—Imagino que sí.

Durante unos minutos hablaron de cosas simples: la tormenta, los daños menores en el rancho, el trabajo que tendrían que hacer ese día. Pero la mente de Samantha seguía regresando al mismo punto.

Su madre, las cartas, el secreto.

—Margaret —dijo finalmente.

—¿Sí?

—¿Crees que haya más cosas de Lydia en la casa?

Margaret lo pensó un momento.

—Es posible. Lydia guardaba muchas cosas.

Samantha recordó el diario que había encontrado en la habitación de su madre.

—Creo que voy a revisarlo otra vez.

Margaret sonrió suavemente.

—Si hay respuestas, probablemente estén ahí.

Samantha subió nuevamente a la habitación de Lydia. El lugar seguía igual que la noche anterior, silencioso y lleno de recuerdos que no le pertenecían del todo, pero que ahora empezaban a sentirse parte de su propia historia.

Se sentó en el escritorio y abrió el diario.

Las páginas estaban llenas de pensamientos, recuerdos y pequeñas notas que Lydia había escrito durante años. Samantha comenzó a leer con más calma que la primera vez, tratando de encontrar algo que hubiera pasado por alto.

Pasó varias páginas; muchas hablaban del rancho, de la tranquilidad del campo, de cuánto amaba aquel lugar.

Pero después de un rato encontró algo distinto.

Una entrada escrita con una letra más apresurada.

"Hoy volví a verlo en el pueblo. Pensé que nunca regresaría a Redwood Creek. Si descubre lo que ocurrió aquella noche, todo podría destruirse."

Samantha frunció el ceño.

Pasó a la siguiente página.

"No puedo permitir que Samantha crezca en medio de esto. Si algo me ocurre, Henry sabrá qué hacer. Él conoce la verdad."

Samantha cerró el diario lentamente.

El nombre volvió a aparecer.

Henry.

Justo en ese momento escuchó pasos en el pasillo. Levantó la vista y lo vio apoyado en el marco de la puerta.

Henry había llegado sin que ella lo notara.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo con tranquilidad.

Samantha levantó el diario.

—Creo que encontré algo.

Henry entró a la habitación y se acercó al escritorio.

—¿Qué dice?

Samantha señaló la página.

—Mi madre escribió sobre alguien que regresó al pueblo… alguien que sabía lo que ocurrió "esa noche".

Henry leyó en silencio durante unos segundos.

Su expresión se volvió seria.

—Lo recuerdo.

Samantha sintió que el corazón le latía más rápido.

—¿Quién era?

Henry apoyó las manos sobre el escritorio.

—Un hombre que hizo mucho daño en este lugar.

—¿A mi madre?

Henry la miró directamente.

—A varias personas.

Samantha se levantó de la silla.

—Entonces dime quién es.

Henry negó con la cabeza.

—Ese hombre tenía poder, dinero… y muchos enemigos.

—Eso no responde a mi pregunta.

Henry respiró hondo antes de hablar.

—Se llamaba Richard Hale.

Samantha repitió el nombre en voz baja.

—¿Qué hizo?

Henry tardó unos segundos en responder.

—Intentó quedarse con estas tierras.

Samantha miró alrededor de la habitación.

—¿Con el rancho?

Henry asintió.

—Y cuando Lydia se negó a vender… las cosas se volvieron peligrosas.

El silencio llenó el cuarto.

Samantha volvió a mirar el diario.

—¿Fue por eso que me dio en adopción?

Henry sostuvo su mirada.

—En parte.

Samantha sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—¿Ese hombre sigue aquí?

Henry negó con la cabeza.

—No.

—Entonces, ¿por qué sigue siendo un problema?

Henry caminó hasta la ventana y miró el rancho que se extendía frente a ellos.

—Porque los secretos que dejó… todavía no han terminado de salir a la luz.

Samantha sintió que cada nueva respuesta abría todavía más preguntas.

Pero había algo más que no podía ignorar.

Henry.

Cada vez que hablaban de su madre, él parecía saber exactamente dónde buscar, qué recordar y qué callar.

Samantha cruzó los brazos.

—Henry.

—¿Sí?

—¿Qué más sabes que no me estás diciendo?

Henry giró lentamente hacia ella.

Sus ojos tenían la misma intensidad que la noche anterior en el establo.

—Más de lo que te gustaría escuchar.

Samantha sostuvo su mirada.

—Entonces creo que ya es hora de que me lo digas.

Henry parecía debatirse por dentro.

Pero justo cuando iba a responder… una voz alegre resonó desde el pasillo.

—¡SAMANTHA!

Britney apareció en la puerta con una sonrisa enorme.

—¡Tienes que venir a ver esto!

Samantha suspiró.

—¿Qué pasó ahora?

Britney parecía emocionada.

—Conocí a un chico del pueblo… y tienes que verlo porque creo que estoy enamorada.

Henry soltó una pequeña risa.

Y el momento serio se rompió otra vez.

Pero Samantha sabía algo con certeza.

La historia de su madre estaba llena de secretos.

Y Henry seguía siendo la llave para descubrirlos.

Capítulo 13: El chico del pueblo

Samantha ni siquiera tuvo tiempo de terminar su café esa mañana.

Britney prácticamente la arrastró fuera de la casa mientras hablaba sin parar, gesticulando con tanta emoción que parecía haber descubierto el amor de su vida en menos de diez minutos.

—¡Te juro que es perfecto! —decía mientras caminaban hacia el patio del rancho. Alto, sonrisa bonita, ojos verdes… y además sabe montar a caballo.

Samantha levantó una ceja.

—Britney… llevamos menos de una semana en este lugar.

—Precisamente —respondió ella con dramatismo. ¡El destino trabaja rápido!

Henry estaba cerca del granero, arreglando unas herramientas junto a Tomás, cuando las vio acercarse. Apenas levantó la vista, pero al notar la expresión emocionada de Britney, sonrió ligeramente.

—Algo me dice que hoy va a ser un día interesante —murmuró.

Samantha suspiró.

—No sabes cuánto.

En ese momento un joven apareció caminando por el camino de tierra que conectaba el rancho con el pueblo. Llevaba una gorra de béisbol, botas gastadas y una camisa arremangada. Cuando vio a Britney, levantó la mano y saludó con una sonrisa amplia.

Britney prácticamente dejó de respirar.

—¡Es él!

Samantha lo observó con curiosidad.

—¿Cuándo lo conociste?

—Hace… veinte minutos.

Samantha cerró los ojos durante un segundo.

—Increíble.

El joven llegó hasta el grupo y se quitó la gorra con amabilidad.

—Buenos días.

Tomás respondió primero.

—Buenos días, Mateo.

Britney repitió el nombre en voz baja, como si lo estuviera probando.

—Mateo…

El joven la miró y sonrió.

—Creo que no nos presentamos bien hace rato.

Britney se acomodó el cabello rápidamente.

—Britney.

Samantha extendió la mano también.

—Samantha.

Mateo la saludó con educación antes de mirar a Henry.

—Vine a ver si necesitaban ayuda con la cerca que se cayó por la tormenta.

Henry asintió.

—Sí, nos vendría bien.

Britney levantó la mano inmediatamente.

—¡Yo también puedo ayudar!

Todos la miraron.

Samantha cruzó los brazos.

—¿Desde cuándo sabes arreglar cercas?

Britney se encogió de hombros.

—Soy una mujer con muchos talentos ocultos.

Henry soltó una pequeña risa.

—Esto tengo que verlo.

Media hora después estaban en medio del campo intentando reparar una de las cercas dañadas por el viento.

Henry y Mateo trabajaban con facilidad, clavando tablas y tensando el alambre como si lo hubieran hecho toda la vida.

Samantha sostenía algunas herramientas mientras observaba con atención.

Britney, en cambio, intentaba ayudar… con resultados bastante cuestionables.

—Creo que esto va aquí —dijo mientras sostenía un martillo.

Mateo la miró con paciencia.

—Eso es un destornillador.

Britney lo observó.

—¿En serio?

Samantha soltó una carcajada.

—Britney, por favor, dime que estás bromeando.

—Claro que bromeo —respondió ella rápidamente. Solo estaba probándolo.

Henry negó con la cabeza, divertido.

—La ciudad definitivamente debería enseñar más cosas útiles.

Samantha lo miró.

—Oye.

—¿Qué?

—No todos crecimos montando caballos.

Henry levantó una ceja.

—Lo noté el otro día.

Mateo miró entre ellos con una sonrisa divertida.

—¿Qué pasó el otro día?

Britney respondió antes de que Samantha pudiera detenerla.

—¡Sam montó un caballo y casi recorrió todo el pueblo sin frenos!

Mateo empezó a reír.

Henry también.

Samantha se cruzó de brazos.

—Fue un pequeño error.

Henry sonrió.

—Bandido todavía está orgulloso de esa carrera.

Samantha tomó un pequeño trozo de tierra y se lo lanzó.

—No es gracioso.

Henry lo esquivó con facilidad.

—Un poco sí.

Mateo terminó de ajustar una de las tablas de la cerca y se levantó.

—Listo.

Tomás, que había estado observando desde más lejos, asintió satisfecho.

—Buen trabajo.

Britney miró la cerca con orgullo.

—Creo que ayudé mucho.

Henry miró el lugar donde ella había intentado clavar algo antes.

La tabla estaba ligeramente torcida.

—Claro.

Samantha se acercó a Henry mientras los demás hablaban.

—¿Siempre es así aquí?

Henry la miró.

—¿Así cómo?

Samantha señaló el campo abierto, el cielo despejado después de la tormenta y el pequeño grupo riendo cerca de la cerca recién reparada.

—Simple.

Henry observó el paisaje durante unos segundos.

—Supongo que sí.

Samantha sonrió ligeramente.

—No está tan mal.

Henry la miró de reojo.

—Eso suena como un cumplido para Texas.

—No te emociones —respondió ella.

Henry sonrió.

—Todavía falta que sobrevivas a un día completo de trabajo en el rancho.

Samantha levantó la barbilla.

—Acepto el reto.

Henry se cruzó de brazos.

—¿En serio?

—En serio.

Britney apareció entre ellos de repente.

—¡Perfecto! Porque Mateo acaba de invitarnos al bar del pueblo esta noche.

Samantha la miró sorprendida.

—¿Qué?

Britney sonrió emocionada.

—Dice que los viernes hay música en vivo.

Henry soltó una pequeña risa.

—Eso quiero verlo.

Samantha suspiró.

—Esto definitivamente va a terminar mal.

Henry la miró con una sonrisa divertida.

—O muy bien.

Capítulo 14: La noche en el bar

El bar de Redwood Creek no se parecía en nada a los lugares elegantes que Samantha solía frecuentar en Nueva York. Desde afuera, parecía una construcción antigua de madera con un letrero ligeramente inclinado que decía «The Rusty Spur». La música country se escuchaba incluso antes de abrir la puerta, mezclándose

con las risas y las conversaciones de la gente del pueblo que se reunía allí cada viernes por la noche.

Samantha se detuvo un segundo frente a la entrada.

—No estoy segura de esto —dijo mirando el lugar.

Britney, en cambio, parecía completamente emocionada.

—¡Va a ser divertido! Además, Mateo dijo que todos vienen aquí.

Mateo, que caminaba unos pasos por delante de ellas junto a Henry, abrió la puerta con una sonrisa.

—Es el mejor lugar del pueblo.

Henry miró a Samantha con una pequeña sonrisa.

—¿Lista para tu primera noche oficial en Redwood Creek?

Samantha suspiró.

—Definitivamente esto no estaba en mis planes cuando vine a Texas.

—Te acostumbrarás —respondió Henry con tranquilidad.

Cuando entraron, el ambiente del bar era animado y acogedor. Mesas de madera, luces cálidas colgando del techo y un pequeño escenario donde un grupo tocaba country en vivo. Varias personas bailaban cerca de la pista improvisada, mientras otras conversaban alrededor de la barra.

Algunos habitantes del pueblo reconocieron a Henry inmediatamente y lo saludaron levantando la mano.

—¡Henry!

—¡Eh, Hayes!

Henry respondió con gestos tranquilos mientras caminaban hacia una mesa.

Britney observaba todo con los ojos brillantes.

—Esto es increíble.

Samantha levantó una ceja.

—Es… pintoresco.

Mateo soltó una risa.

—Eso significa que es muy diferente de Nueva York, ¿verdad?

—Un poco —respondió Samantha.

Se sentaron en una mesa cerca de la pista de baile. Un mesero se acercó rápidamente y dejó cuatro bebidas sobre la mesa.

Britney lo miró sorprendida.

—Ni siquiera pedimos.

Mateo sonrió.

—Aquí ya saben qué tomar.

Britney levantó su vaso.

—Me gusta este lugar.

La música cambió a una canción más rápida y varias parejas comenzaron a bailar en la pista.

Mateo miró a Britney.

—¿Bailas?

Britney no dudó ni medio segundo.

—¡Claro!

Samantha la vio levantarse de la mesa con una sonrisa enorme mientras Mateo la guiaba hacia la pista.

Henry apoyó el brazo en el respaldo de la silla y observó la escena.

—Esto va a ser interesante.

Samantha tomó un sorbo de su bebida.

—¿Por qué?

Henry señaló discretamente hacia la pista.

Britney estaba intentando seguir el ritmo de la música… pero claramente no tenía mucha idea de cómo se bailaba el country.

Intentó girar demasiado rápido.

Casi chocó con otra pareja.

Luego trató de dar un paso atrás y terminó empujando ligeramente una mesa cercana.

Henry empezó a reír.

—Tal vez debimos advertirle.

Samantha también soltó una pequeña risa.

—Creo que está improvisando.

Britney finalmente logró encontrar un ritmo más o menos aceptable y comenzó a disfrutar el momento. Mateo parecía divertido, guiándola con paciencia mientras bailaban.

Samantha apoyó el codo en la mesa observándolos.

—Bueno… al menos alguien se está divirtiendo.

Henry la miró de reojo.

—¿Tú no?

—Todavía estoy evaluando el lugar.

Henry se levantó lentamente.

—Entonces ven.

Samantha lo miró confundida.

—¿A dónde?

Henry extendió la mano.

—A bailar.

Samantha abrió los ojos con sorpresa.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no sé cómo se baila esto.

Henry sonrió.

—Eso no importa.

Samantha lo observó unos segundos. Sabía que estaba a punto de hacer algo que normalmente nunca haría… pero también sabía que, si Britney podía intentarlo, ella también podía.

Suspiró y tomó su mano.

—Si me haces quedar mal frente a todo el pueblo, te voy a culpar.

Henry la llevó hacia la pista con una sonrisa tranquila.

—Confía en mí.

Cuando llegaron, Henry colocó suavemente una mano en su cintura y tomó con firmeza la otra.

—Solo sigue mis pasos.

La música empezó de nuevo.

Samantha intentó concentrarse en los movimientos de Henry mientras giraban lentamente entre las demás parejas. Al principio se sintió torpe… pero poco a poco comenzó a relajarse.

—No es tan difícil —dijo finalmente.

Henry levantó una ceja.

—Te lo dije.

Samantha lo miró con una pequeña sonrisa.

—No te acostumbres a tener razón.

Henry soltó una risa baja.

Por un momento todo se sintió sorprendentemente natural.

La música.

La gente.

El movimiento de la pista.

Y la cercanía entre ellos.

Pero entonces, desde la mesa donde habían dejado sus cosas, el celular de Samantha comenzó a vibrar.

Ella se detuvo un segundo.

—Espera.

Henry la soltó suavemente mientras ella caminaba hacia la mesa.

Miró la pantalla.

El nombre que aparecía hizo que su expresión cambiara.

Daniel, su novio en Nueva York.

Henry la observó desde la pista mientras Samantha miraba el teléfono en silencio.

Britney, que acababa de regresar de bailar, también lo notó.

—¿Quién es?

Samantha dudó un momento antes de responder.

—Mi novio.

Britney abrió los ojos.

—Ah… cierto.

Henry también había escuchado.

Y por primera vez en toda la noche… su sonrisa se desvaneció un poco.

Capítulo 15: La llamada

Samantha observó la pantalla de su celular durante unos segundos antes de contestar. El nombre de Daniel brillaba en la pantalla mientras la música del bar seguía sonando a su alrededor. Por un momento pensó en ignorar la llamada, pero sabía que eso solo provocaría que él llamara otra vez… y otra… hasta que contestara.

Suspiró y presionó el botón.

—Hola.

—¡Sam! —La voz de Daniel sonó animada al otro lado de la línea. Por fin contestas. He estado intentando llamarte desde ayer.

Samantha caminó unos pasos alejándose un poco del ruido del bar.

—Lo siento, he estado ocupada.

—¿Ocupada? —respondió él con una pequeña risa. Pensé que estarías aburrida en medio de la nada.

Samantha miró alrededor. El bar estaba lleno de gente riendo; la banda tocaba otra canción y Britney intentaba enseñarle a Mateo unos pasos de baile completamente improvisados.

—No exactamente.

—¿Qué estás haciendo ahora?

Samantha dudó un segundo.

—Estoy… en un bar.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea.

—¿En un bar?

—Sí.

Daniel parecía sorprendido.

—Pensé que ese lugar era un rancho perdido en Texas.

—También hay bares aquí.

Daniel soltó una risa ligera.

—Bueno, supongo que sí.

Samantha apoyó la espalda contra la pared mientras escuchaba la música de fondo.

—¿Cómo estás tú?

—Bien —respondió él. Aunque la ciudad se siente un poco rara sin ti.

Samantha no supo qué decir.

—Además —continuó Daniel—, mis padres preguntaron por ti ayer en la cena.

Samantha cerró los ojos un momento.

—¿En serio?

—Claro. Mi madre quiere saber cuándo volverás para organizar la cena que habíamos planeado.

La palabra «volver» se quedó flotando en su cabeza.

Antes de que pudiera responder, escuchó la voz de Britney gritar desde la mesa.

—¡SAM! ¡VEN!

Samantha giró la cabeza.

Britney se reía mientras Mateo intentaba enseñarle a girar correctamente sin chocar con otra pareja.

Henry estaba cerca de la barra, observando todo con una sonrisa tranquila… aunque cuando Samantha lo miró, él también la miró.

—¿Sam? —Dijo Daniel desde el teléfono. ¿Sigues ahí?

—Sí, perdón.

—Suena como si estuvieras divirtiéndote.

Samantha miró otra vez hacia la pista de baile.

—Supongo que sí.

—Eso es bueno —respondió Daniel. Aunque debo admitir que todavía no entiendo qué haces allá durante tanto tiempo.

Samantha frunció ligeramente el ceño.

—Estoy intentando conocer el lugar.

—¿El rancho?

—Sí.

Daniel guardó silencio un momento.

—Sabes que no tienes que preocuparte por eso, ¿verdad? Puedes venderlo y olvidarte del asunto. Es lo más práctico.

Samantha bajó la mirada.

—Tal vez.

—Además —continuó él—, no es como si quisieras vivir en un rancho el resto de tu vida.

Samantha miró de nuevo hacia Henry.

Él seguía en la barra, conversando con el barman, aunque de vez en cuando levantaba la vista hacia donde ella estaba.

—No lo sé —dijo Samantha finalmente.

—¿Cómo que no lo sabes?

Ella no respondió inmediatamente.

—Solo digo que… todavía estoy descubriendo cosas.

Daniel soltó un pequeño suspiro.

—Sam, ese lugar es temporal. Tú y yo tenemos una vida aquí en Nueva York.

La frase quedó en el aire.

Samantha sintió una extraña incomodidad en el pecho.

—Lo sé.

—Entonces no te encariñes demasiado con ese lugar.

Samantha levantó la mirada otra vez hacia el bar lleno de gente.

Las risas.

La música.

Britney bailando con Mateo como si el mundo entero fuera una fiesta.

Y Henry.

Observándola desde la distancia.

—Tengo que colgar —dijo finalmente.

—¿Ya?

—Sí.

—Está bien —respondió Daniel. Llámame mañana.

—Claro.

Cuando terminó la llamada, Samantha se quedó mirando el teléfono unos segundos antes de guardarlo en el bolso.

—¿Todo bien?

La voz de Henry la hizo levantar la vista.

Se había acercado sin que lo notara.

Samantha asintió.

—Era Daniel.

Henry apoyó un brazo sobre la mesa.

—Tu novio.

—Sí.

Henry asintió lentamente.

—¿Todo bien con él?

Samantha dudó un momento.

—Sí… supongo.

Henry la observó unos segundos más.

—¿Supongo?

Samantha suspiró.

—Es complicado.

Henry tomó un sorbo de su bebida.

—Las cosas importantes casi siempre lo son.

Samantha levantó una ceja.

—Eso sonó muy profundo para alguien que se pasa el día arreglando cercas.

Henry sonrió.

—También pienso de vez en cuando.

Britney apareció de repente junto a ellos, completamente agitada.

—¡Mateo dice que hay una fogata afuera!

Samantha la miró.

—¿Una fogata?

—¡Sí! —respondió Britney, emocionada. Dice que todo el mundo se reúne ahí después de bailar.

Henry miró hacia la puerta.

—Es verdad.

Britney tomó el brazo de Samantha.

—Vamos.

Samantha miró a Henry.

—¿Vienes?

Henry sonrió ligeramente.

—Claro.

Mientras caminaban hacia la salida del bar, Samantha no pudo evitar pensar en lo que Daniel había dicho.

"Tú y yo tenemos una vida en Nueva York." Tal vez era cierto.

Pero por primera vez… no estaba tan segura de que esa fuera la única vida que quería.

Capítulo 16: La fogata

El aire nocturno de Texas era fresco y agradable cuando salieron del bar. Detrás del edificio había un espacio abierto donde varias mesas de madera rodeaban una gran fogata encendida. Algunas personas del pueblo estaban sentadas en troncos, otras conversaban con

bebidas en la mano y la música del bar llegaba amortiguada desde la puerta entreabierta.

Britney abrió los ojos con emoción.

—¡Esto parece de película!

Mateo río.

—Aquí es donde terminan casi todas las noches de viernes.

Samantha observó el lugar con curiosidad. Las chispas del fuego subían hacia el cielo oscuro lleno de estrellas, algo que en Nueva York casi nunca se podía ver con tanta claridad.

—Es bonito —admitió.

Henry la miró de reojo.

—¿Ves? Texas también tiene sus cosas buenas.

Britney ya se había sentado junto a Mateo cerca de la fogata, calentando las manos frente al fuego.

—¡Vengan!

Henry y Samantha se acercaron y tomaron asiento frente a ellos. Durante unos minutos, todos hablaron y rieron mientras observaban a otras personas del pueblo que contaban historias o tocaban la guitarra cerca del fuego.

Britney escuchaba fascinada.

—No puedo creer que aquí todos se conozcan.

Mateo sonrió.

—En un lugar pequeño es difícil no hacerlo.

—En Nueva York puedes vivir diez años en el mismo edificio sin saber quién vive al lado —comentó Samantha.

Henry levantó una ceja.

—Eso suena… triste.

Samantha lo miró.

—Es normal.

Henry negó con la cabeza con una pequeña sonrisa.

—Aquí si alguien no aparece por dos días, todo el pueblo lo sabe.

Britney soltó una risa.

—Eso suena peor.

Todos rieron un momento.

Un poco más tarde, Britney y Mateo se levantaron para ir a buscar algo de beber que alguien estaba repartiendo cerca del bar.

—No tarden —les dijo Samantha.

—Volvemos en un minuto —respondió Britney.

Cuando se alejaron, Samantha y Henry quedaron solos frente a la fogata. Durante unos segundos ninguno dijo nada. Solo se escuchaba el crepitar del fuego y las conversaciones de fondo.

Henry rompió el silencio.

—¿Siempre viviste en Nueva York?

Samantha asintió.

—Toda mi vida.

—Debe ser muy diferente a esto.

Samantha miró alrededor otra vez.

—Mucho.

Henry tomó un pequeño palo del suelo y lo movió entre las brasas.

—¿Y te gusta?

Samantha pensó unos segundos antes de responder.

—Siempre pensé que sí.

Henry levantó la mirada hacia ella.

—¿Siempre?

Samantha suspiró.

—Es lo único que conozco.

El fuego iluminaba parcialmente su rostro, reflejándose en sus ojos azules.

Henry la observó un momento.

—A veces lo único que conocemos no siempre es lo que realmente queremos.

Samantha lo miró con curiosidad.

—¿Siempre hablas como si estuvieras dando consejos de vida?

Henry sonrió.

—Solo cuando estoy cerca de alguien que parece necesitar escucharlos.

Samantha rodó los ojos.

—Muy gracioso.

Por un momento ambos se quedaron en silencio otra vez.

Henry finalmente preguntó:

—¿Te vas a quedar mucho tiempo aquí?

La pregunta tomó a Samantha por sorpresa.

—No lo sé.

Henry bajó la mirada hacia el fuego.

—Pensé que tal vez ya tenías un plan.

—Tal vez —respondió ella—, pero últimamente parece que todo está cambiando.

Henry levantó la vista otra vez.

—¿Por el rancho?

Samantha negó lentamente.

—Por muchas cosas.

En ese momento una ráfaga de viento movió ligeramente su cabello. Henry levantó la mano casi sin pensar y apartó un mechón que le caía sobre la cara.

El gesto fue tan natural que ambos se quedaron quietos durante un segundo.

Samantha sintió que su corazón se aceleraba un poco.

Henry también parecía haberse dado cuenta de lo cerca que estaban ahora.

La luz de la fogata iluminaba sus rostros.

Por un momento ninguno de los dos habló.

Henry se inclinó apenas… como si pensara en acercarse más.

Samantha también lo miraba sin apartar la vista.

Pero justo en ese instante se escuchó un grito desde el bar.

—¡¡BRITNEEEEEEY!!

Ambos voltearon.

La puerta del bar se abrió de golpe.

Y Britney salió… con un sombrero vaquero gigante, una pandereta en la mano y completamente emocionada.

—¡ME SUBÍ A CANTAR CON LA BANDA!

Mateo venía detrás de ella riéndose sin poder parar.

Henry soltó una carcajada.

Samantha se llevó una mano a la frente.

—No puedo dejarte sola cinco minutos.

Britney llegó corriendo hacia ellos.

—¡Tienen que venir! ¡Me van a dejar cantar otra!

Mateo todavía estaba riendo.

—Creo que el pueblo entero quiere verla hacerlo.

Samantha miró a Henry.

—¿Vamos?

Henry sonrió.

—Definitivamente esto no me lo pierdo.

Mientras caminaban hacia el bar otra vez, Samantha no pudo evitar pensar en lo que había pasado unos segundos antes junto a la fogata.

Habían estado… muy cerca.

Y por primera vez desde que llegó al rancho… la idea de besar a Henry no le parecía mala en absoluto.

Capítulo 17: La peor cantante del pueblo

Cuando Samantha, Henry y Mateo volvieron a entrar al bar, el ambiente estaba todavía más animado que antes. La banda había hecho una pausa y varias personas reían mirando al pequeño escenario.

Britney estaba ahí arriba.

Con el enorme sombrero vaquero ligeramente torcido, la pandereta en la mano y una sonrisa tan grande como si estuviera a punto de cantar en un estadio lleno.

Samantha se detuvo en seco.

—Oh no.

Henry cruzó los brazos, claramente divertido.

Mateo se llevó una mano a la frente.

—Creo que yo tuve parte de la culpa…

La banda comenzó a tocar una canción country bastante animada. Britney levantó el micrófono con entusiasmo.

—¡Buenas noches, Redwood Creek!

Varias personas aplaudieron y silbaron.

Britney miró a la banda con seguridad.

—¡Vamos!

Y empezó a cantar.

O al menos… a intentarlo.

La primera nota salió completamente desafinada.

Una señora en una mesa cercana abrió los ojos de sorpresa.

Un hombre casi escupió su bebida.

Henry intentó contener la risa… pero no pudo.

—Dios mío —murmuró.

Samantha también se llevó una mano a la boca.

—No puede ser.

Pero lo más sorprendente fue que nadie parecía molesto.

Al contrario.

Algunos empezaron a aplaudir al ritmo de la música, otros reían con cariño y alguien gritó desde el fondo:

—¡DALE, BRITNEY!

Britney, completamente convencida de que lo estaba haciendo increíble, siguió cantando con aún más entusiasmo, golpeando la pandereta cada segundo.

Samantha ya estaba riéndose abiertamente.

—Esto es… terrible.

Henry también reía.

—Pero muy entretenido.

Mateo negó con la cabeza mientras miraba el escenario.

—Nunca había visto a alguien cantar tan mal con tanta confianza.

Cuando terminó la canción, el bar entero aplaudió entre risas.

Britney hizo una pequeña reverencia dramática.

—¡Gracias, gracias!

Luego bajó del escenario y caminó hacia ellos completamente orgullosa.

—¿Vieron?

Samantha todavía se estaba riendo.

—Sí… lo vimos.

Henry levantó su vaso.

—Creo que el pueblo nunca olvidará esta noche.

Britney lo miró con entusiasmo.

—¿Verdad que lo hice bien?

Mateo respondió con diplomacia.

—Fue… memorable.

Britney tomó una bebida de la mesa.

—Sabía que tenía talento.

Samantha se inclinó hacia Henry y susurró:

—Tiene talento para algo… pero no es para cantar.

Henry soltó otra pequeña risa.

La música volvió a empezar y algunas personas regresaron a la pista de baile.

Britney miró a Mateo.

—Otra vez.

Mateo levantó las manos.

—Está bien.

Ambos volvieron a la pista.

Samantha observó cómo Britney intentaba repetir los pasos de baile.

Henry miró a Samantha.

—¿También quieres otra ronda?

Samantha lo pensó un segundo… y luego se encogió de hombros.

—Supongo que ya sobreviví una vez.

Henry extendió la mano.

—Entonces ven.

Samantha tomó su mano y caminaron hacia la pista.

Esta vez Samantha estaba mucho más relajada. Sus movimientos eran más naturales y pronto ambos comenzaron a seguir el ritmo de la música con facilidad.

Henry la giró suavemente.

Samantha rió.

—Creo que estoy mejorando.

Henry sonrió.

—Definitivamente.

Mientras bailaban, Samantha sintió que algo dentro de ella empezaba a cambiar.

En Nueva York, su vida siempre había sido elegante, organizada, perfecta.

Pero aquí… se estaba riendo más.

Se sentía más libre.

Y, aunque no quería admitirlo todavía… estar cerca de Henry empezaba a gustarle más de lo que debería.

La canción terminó y ambos se quedaron frente a frente durante unos segundos.

Henry parecía a punto de decir algo… pero en ese momento Mateo regresó a la mesa con Britney.

—Oigan —dijo—, mañana temprano tenemos que ir al rancho vecino.

Henry lo miró.

—¿Para qué?

—Van a vender unas reses y papá dijo que necesitamos verlas antes de decidir si compramos.

Henry asintió.

—Tiene sentido.

Britney levantó la mano emocionada.

—¡Yo quiero ir!

Mateo sonrió.

—Claro.

Samantha miró a Henry.

—¿Qué significa exactamente "ver reses"?

Henry levantó una ceja.

—Significa que vas a conocer más sobre el verdadero trabajo del rancho.

Samantha cruzó los brazos.

—Suena peligroso.

Henry sonrió con diversión.

—Solo si te paras enfrente de una vaca enojada.

Samantha abrió los ojos.

—¿Una vaca puede enojarse?

Henry soltó una risa.

—Definitivamente.

Britney levantó su vaso.

—Entonces mañana será otra aventura.

Samantha suspiró… pero no pudo evitar sonreír un poco.

—Espero sobrevivir.

Henry la miró.

—Yo me encargo de eso.

Y aunque lo dijo con un tono ligero… Samantha sintió que lo decía en serio.

Capítulo 18: La persecución

A la mañana siguiente, el rancho despertó con el canto de los gallos y el sol entrando con fuerza por las ventanas de la casa principal. Samantha no estaba acostumbrada a levantarse tan temprano, pero el ruido de afuera era imposible de ignorar. Desde su habitación

podía escuchar motores, voces y el ruido de los animales en los corrales. Con algo de esfuerzo, se levantó, se puso unos jeans y una camisa que Britney le había prestado —porque, según ella, "si vas a ver vacas, al menos no vayas vestida como para una gala"— y salió al patio.

Henry ya estaba allí, apoyado contra la camioneta con una taza de café en la mano. Llevaba una camisa sencilla arremangada y botas llenas de polvo, como si ya hubiera trabajado media jornada antes de que el resto despertara. Cuando vio a Samantha acercarse, levantó ligeramente la taza.

—Buenos días, ciudad.

Samantha frunció el ceño mientras intentaba acomodar el cabello.

—¿Siempre empiezan el día a esta hora?

Henry sonrió.

—En un rancho, sí.

Ella miró alrededor. Mateo estaba revisando unas cuerdas cerca del corral y Britney hablaba con Elena como si fueran amigas de toda la vida.

—No puedo creer que Britney esté despierta antes de las ocho.

Henry tomó otro sorbo de café.

—Creo que está emocionada por ver las reses.

Samantha suspiró.

—Yo sigo sin saber exactamente qué significa eso.

Henry señaló hacia los corrales donde varias vacas se movían lentamente.

—Significa que vas a conocerlas de cerca.

Samantha miró en esa dirección… y tragó saliva.

—Tal vez no tan de cerca.

Un rato después, todos subieron a la camioneta y recorrieron un camino de tierra hasta el rancho vecino. Era un terreno grande, rodeado de cercas de madera, donde un pequeño grupo de rancheros ya revisaba el ganado. Para Samantha todo parecía un caos organizado: hombres moviendo portones, animales caminando en distintas direcciones y polvo levantándose con cada paso.

Mateo bajó primero.

—Vamos a separarlas para revisarlas bien.

Britney saltó de la camioneta con entusiasmo.

—¡Esto se ve increíble!

Samantha bajó más lentamente.

—Esto se ve peligroso.

Henry caminó junto a ella.

—Solo mantente detrás de la cerca.

—Eso pienso hacer.

Durante unos minutos Samantha observó cómo los demás guiaban a las vacas hacia una sección del corral. Algunas caminaban tranquilas, pero otras parecían menos cooperativas. Henry se movía con seguridad entre ellas, como si supiera exactamente cómo reaccionar ante cada movimiento. Samantha tenía que admitir que verlo trabajar así resultaba… sorprendentemente atractivo.

Britney, por otro lado, parecía fascinada.

—¡Son más grandes de lo que pensé!

Mateo rió.

—Es porque lo son.

En ese momento una de las vacas se movió hacia el lado donde Samantha estaba parada. Ella dio un pequeño paso atrás… luego otro. El animal siguió caminando lentamente, pero Samantha no pudo evitar ponerse nerviosa.

—Henry… —dijo sin apartar la mirada.

Henry volteó.

—Tranquila, solo está caminando.

Pero la vaca decidió cambiar de dirección… directamente hacia ella.

Samantha abrió los ojos.

—Henry.

—Relájate.

La vaca soltó un leve resoplido.

Samantha dio otro paso atrás.

—Henry.

—No pasa nada.

La vaca dio otro paso… ahora bastante cerca.

Samantha levantó las manos.

—¡HENRY!

Y entonces la vaca empezó a caminar más rápido.

Eso fue suficiente.

Samantha dio media vuelta y salió corriendo por el corral mientras gritaba:

—¡NO ME GUSTAN LAS VACAS!

Detrás de ella, Henry tardó medio segundo en reaccionar… y luego empezó a reír mientras corría tras ella.

—¡SAMANTHA, NO CORRAS!

—¡ME ESTÁ PERSIGUIENDO!

—¡POR QUÉ ESTÁS CORRIENDO!

Mateo y Britney estaban doblados de risa cerca de la cerca.

Samantha siguió corriendo unos metros más hasta que Henry finalmente la alcanzó y la tomó suavemente del brazo para detenerla.

—Tranquila.

Ella respiraba agitada.

—¡ESA COSA ME QUIERE MATAR!

Henry miró hacia atrás. La vaca ya estaba caminando tranquilamente hacia otra dirección como si nada hubiera pasado.

—Ni siquiera te estaba persiguiendo.

Samantha lo miró indignada.

—¡Claro que sí!

Henry intentó mantener la seriedad… pero terminó riéndose.

—Deberías ver tu cara.

Samantha cruzó los brazos.

—No es gracioso.

Henry todavía sonreía.

—Un poco sí.

Ella negó con la cabeza, pero no pudo evitar reír también.

Por un momento, ambos se quedaron ahí, todavía cerca después de la pequeña persecución. El viento movía ligeramente el cabello de Samantha y el sol de la mañana iluminaba el polvo del corral alrededor de ellos.

Henry la miró con una expresión más tranquila.

—Estás bien.

Samantha suspiró.

—Creo que acabo de perder toda la dignidad que me quedaba.

Henry negó suavemente.

—No. Solo acabas de tener tu primera experiencia real en el rancho.

Samantha levantó una ceja.

—Si todas son así, no sé si quiero más.

Henry sonrió.

—Te acostumbrarás.

Samantha lo miró unos segundos.

Y aunque no quería admitirlo… estar ahí, riéndose en medio del polvo y de las vacas, no era tan terrible como había imaginado.

Capítulo 19: El viejo granero

Después del incidente con la vaca, Samantha decidió mantenerse un poco más lejos del corral durante el resto de la mañana. Britney no dejaba de reír cada vez que la miraba, y Mateo ya había contado la historia al menos tres veces exagerando cada detalle, como si Samantha hubiera corrido kilómetros perseguida por un toro salvaje en lugar de una vaca bastante tranquila. Henry, por su parte, intentaba mantenerse serio cuando ella estaba cerca… pero cada cierto tiempo se le escapaba una sonrisa.

—No fue para tanto —dijo Samantha finalmente mientras caminaban de regreso al rancho.

Britney levantó una ceja.

—Sam, gritaste como en una película de terror.

—Porque pensé que iba a morir.

Mateo soltó una carcajada.

—Era una vaca llamada Margarita.

Henry negó con la cabeza divertido.

—Margarita ni siquiera corre.

Samantha cruzó los brazos.

—Bueno, hoy decidió empezar.

Cuando llegaron al rancho, Elena estaba organizando algunas herramientas cerca del granero antiguo. Era una construcción grande de madera oscura que parecía haber permanecido allí durante décadas. Samantha lo había visto desde lejos en los días anteriores, pero nunca había entrado realmente.

—Si quieren ayudar —dijo Elena—, hay algunas cajas viejas que necesitamos mover dentro del granero.

Britney levantó la mano inmediatamente.

—¡Yo!

Mateo también asintió y los cuatro caminaron hacia el interior del granero. Al entrar, Samantha sintió ese olor característico de madera vieja, tierra y heno seco. La luz del sol entraba por pequeñas rendijas entre las tablas, iluminando partículas de polvo en el aire.

—Esto parece una escena de película —comentó Britney mientras miraba alrededor.

Henry comenzó a mover algunas cajas hacia una mesa vieja.

—Muchas cosas aquí llevan años sin revisarse.

Samantha caminó lentamente observando todo. Había herramientas antiguas, monturas viejas y varios baúles de madera apilados en una esquina. Uno de ellos llamó su atención porque parecía diferente, más pequeño y con un diseño más delicado.

—¿Este también? —Preguntó señalándolo.

Henry se acercó.

—Creo que sí.

Samantha se agachó y levantó la tapa con cuidado. Dentro había algunos objetos envueltos en telas viejas, un par de fotografías y un pequeño cuaderno de cuero bastante gastado. Lo tomó con curiosidad.

—¿Qué es esto?

Henry se inclinó un poco para verlo.

—Parece un diario.

Samantha pasó suavemente los dedos por la portada. El cuero estaba desgastado, pero aún se podía leer una pequeña letra grabada en la esquina.

L. W.

El corazón de Samantha dio un pequeño salto.

—Lidya Walker… —murmuró.

Henry la miró.

—¿Tu madre?

Samantha abrió lentamente el cuaderno. Las páginas estaban llenas de una escritura elegante, aunque un poco desvanecida por el tiempo. La primera página tenía una fecha de hace muchos años y una frase corta.

"Hoy volví a cabalgar por los campos del rancho. Siempre he sentido que este lugar guarda todas las respuestas que aún no sé explicar."

Samantha tragó saliva.

—Es su diario…

Henry observó la página con interés.

—Tal vez aquí encuentres lo que viniste a buscar.

Samantha pasó algunas hojas más. Había descripciones del rancho, de los caballos, de las temporadas de lluvia… pero también fragmentos más personales que parecían hablar de decisiones difíciles y de alguien a quien la autora no mencionaba directamente.

Britney se acercó curiosa.

—¿Qué encontraste?

Samantha levantó la vista con una mezcla de emoción y nerviosismo.

—Creo que… esto pertenecía a mi madre.

Britney abrió los ojos con sorpresa.

—¿En serio?

Mateo también se acercó para mirar.

—Entonces deberías leerlo con calma.

Samantha cerró el cuaderno lentamente, todavía procesando la sensación extraña de tener algo que había pertenecido a la mujer que nunca había conocido.

Henry la observaba en silencio. Finalmente dijo con un tono más suave:

—A veces las respuestas aparecen cuando menos lo esperas.

Samantha levantó la mirada hacia él.

—Creo que tienes razón.

Durante unos segundos se quedaron ahí frente a frente, muy cerca otra vez. El silencio del granero hacía que todo se sintiera más tranquilo, más íntimo. Henry parecía a punto de decir algo… o tal vez de acercarse un poco más.

Pero entonces Britney rompió el momento.

—Bueno, oficialmente esta es la cosa más emocionante que ha pasado hoy… después de la persecución de la vaca.

Samantha rodó los ojos.

—Nunca vas a dejar eso, ¿verdad?

Mateo negó con una sonrisa.

—Nunca.

Henry soltó una pequeña risa mientras Samantha guardaba el diario con cuidado entre sus cosas. Mientras salían del granero, ella no pudo evitar pensar que ese pequeño cuaderno podría contener las respuestas que había venido a buscar… y que, curiosamente, también estaba empezando a encontrar algo más que no había esperado en absoluto.

Algo que tenía que ver con Texas… con ese rancho… y con Henry.

Capítulo 20: Lecciones de caballo

Aquella tarde el rancho estaba tranquilo. El sol comenzaba a bajar lentamente y el calor del día se transformaba en una brisa agradable que movía suavemente los árboles alrededor de la casa principal. Samantha estaba sentada en el porche con el diario de su madre sobre las piernas. Había pasado buena parte de la tarde leyendo algunas páginas, intentando imaginar a la mujer que había escrito

cada palabra. En muchas partes hablaba del rancho con una mezcla de cariño y nostalgia, como si aquel lugar siempre hubiera sido su refugio. Pero también había fragmentos en los que se percibía una tristeza profunda, frases incompletas y pensamientos que parecían esconder algo más grande.

Samantha suspiró mientras cerraba el diario por un momento. Cuanto más leía, más preguntas aparecían. Su madre había amado ese lugar… Eso era evidente. Entonces, ¿por qué se había ido? ¿Por qué la había dado en adopción?

—Pensé que te encontraría aquí.

La voz de Henry la hizo levantar la vista. Él caminaba hacia el porche con la tranquilidad de siempre, las botas levantando un poco de polvo del camino. Samantha levantó el diario.

—Estoy intentando entender a mi madre.

Henry se apoyó en la baranda del porche.

—¿Encontraste algo importante?

—No exactamente… pero parece que este rancho significaba mucho para ella.

Henry asintió.

—Eso no me sorprende.

Samantha lo observó con curiosidad.

—¿Por qué?

Henry miró hacia los campos que se extendían frente a ellos.

—Porque este lugar hace que la gente se quede.

Samantha sonrió ligeramente.

—Eso suena como propaganda turística de Texas.

Henry soltó una pequeña risa.

—Tal vez.

Durante unos segundos ambos se quedaron en silencio. Luego Henry señaló hacia los establos.

—¿Quieres aprender algo nuevo?

Samantha levantó una ceja.

—Después de la experiencia con la vaca, no estoy segura.

—No es con vacas —respondió él. Es con caballos.

Samantha dudó un momento.

—Nunca he montado uno.

Henry sonrió.

—Entonces ya es hora.

Un rato después estaban en los establos. El lugar olía a heno fresco y a madera, y varios caballos asomaban la cabeza por las puertas de sus compartimentos, observando con curiosidad. Samantha caminaba con cautela, como si cualquier movimiento brusco pudiera provocar otra persecución como la de la mañana.

Henry se detuvo frente a un caballo de color café claro, de mirada tranquila.

—Este se llama Sol. Es el más paciente que tenemos.

Samantha lo miró con cierta desconfianza.

—¿Seguro que no corre detrás de la gente?

Henry negó divertido.

—Solo si alguien trae zanahorias.

Samantha extendió lentamente la mano y el caballo la olfateó antes de aceptar la caricia. Su expresión cambió un poco.

—Está… bonito

Henry preparó la montura con movimientos seguros.

—Sube.

Samantha lo miró.

—¿Así nada más?

—Yo te ayudo.

Cuando ella intentó subir, claramente no fue tan sencillo como Henry lo había hecho parecer. Después de un primer intento bastante torpe, él tuvo que sostenerla por la cintura para ayudarla a acomodarse en la montura.

—Esto es más alto de lo que pensé —dijo Samantha mirando hacia abajo.

Henry tomó suavemente las riendas.

—Tranquila, yo voy caminando contigo.

Comenzaron a avanzar lentamente por el camino que rodeaba los campos del rancho. Al principio Samantha estaba rígida, agarrándose con fuerza a la montura, pero poco a poco empezó a relajarse.

—Creo que no me voy a caer —dijo finalmente.

Henry caminaba a su lado.

—Te dije que era el caballo más tranquilo.

El sol comenzaba a ocultarse en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos dorados y anaranjados. El paisaje se veía diferente a esa hora, más silencioso, más amplio.

Samantha respiró profundamente.

—Es hermoso.

Henry levantó la mirada hacia ella.

—Sí lo es.

Después de unos minutos se detuvieron cerca de una pequeña colina desde donde se veía gran parte del rancho. Henry ayudó a Samantha a bajar del caballo y, por un segundo, ella perdió el equilibrio… quedando muy cerca de él.

Demasiado cerca.

El viento movía ligeramente su cabello y el cielo detrás de ellos se teñía de naranja y violeta. Samantha levantó la mirada hacia Henry, que la sostenía todavía para que no cayera.

Ninguno dijo nada.

Por un instante pareció que el mundo entero se había quedado en silencio.

Henry bajó la mirada hacia sus labios… apenas un segundo.

Samantha también lo notó.

El corazón le empezó a latir más rápido.

Henry se inclinó ligeramente, como si estuviera a punto de besarla…

Pero en ese momento se escuchó un grito a lo lejos.

—¡¡SAMANTHAAAA!!

Ambos se separaron de inmediato.

Britney venía corriendo desde la casa agitando los brazos.

—¡Tienen que venir! ¡Encontré algo en el granero!

Samantha todavía parpadeó, un poco aturdida.

Henry suspiró con una pequeña sonrisa.

—Tu amiga tiene una habilidad especial para arruinar momentos.

Samantha no pudo evitar reír.

—Creo que sí.

Mientras caminaban de regreso hacia la casa, Samantha no podía dejar de pensar en lo cerca que habían estado unos segundos antes… y en lo extraño que era que la idea de besar a Henry se le hiciera cada vez más natural.

Capítulo 21: La carta

Cuando Samantha y Henry llegaron a la casa, Britney estaba en medio de la sala, caminando de un lado a otro, con una expresión que mezclaba emoción y nerviosismo. Mateo estaba sentado en el sillón observándola con una sonrisa divertida, como si llevara varios minutos viendo el espectáculo. En la mesa, frente a ellos, había varias hojas de papel antiguas y un pequeño sobre amarillento que parecía haber permanecido guardado durante años. Samantha entró

todavía un poco agitada por la caminata y miró a su amiga con curiosidad.

—¿Qué encontraste ahora?

Britney levantó el sobre con cuidado, como si fuera algo extremadamente frágil.

—Esto estaba escondido dentro de una caja en el granero. Entre un montón de papeles viejos.

Samantha se acercó lentamente.

—¿Y?

Britney le extendió el sobre.

—Tiene el nombre de tu mamá.

El corazón de Samantha dio un pequeño salto. Tomó el sobre con cuidado y lo observó. La tinta estaba un poco desvanecida, pero aún se leía claramente el nombre de Lidya Walker, escrito con una letra elegante. Por un momento nadie dijo nada. Incluso Henry, que se había apoyado en el marco de la puerta, observaba la escena con atención.

—Ábrelo —dijo Britney en voz baja.

Samantha respiró hondo y deslizó lentamente el papel que tenía dentro. Era una carta, también escrita a mano. Las primeras líneas hicieron que su estómago se apretara un poco.

"Si alguien lee esto algún día, significa que el tiempo finalmente puso las cosas en su lugar. Siempre supe que el rancho guardaría las respuestas que mi corazón no podía explicar en voz alta."

Samantha continuó leyendo, ahora en silencio. En la carta su madre hablaba del rancho, de lo mucho que significaba para ella y de cómo aquel lugar siempre había sido su refugio cuando las cosas se

volvían difíciles. Pero también mencionaba algo más: decisiones que había tenido que tomar para proteger a alguien que amaba profundamente. No mencionaba nombres ni detalles claros, pero la sensación de sacrificio estaba presente en cada línea.

Britney la observaba con ansiedad.

—¿Qué dice?

Samantha levantó la mirada lentamente.

—Dice que… tuvo que tomar una decisión para proteger a alguien.

Mateo frunció el ceño.

—¿Proteger de qué?

Samantha volvió a mirar la carta.

—No lo explica.

Henry se acercó un poco más.

—¿Hay algo más?

Samantha pasó a la última parte del texto. Allí, la letra parecía ligeramente temblorosa, como si hubiera sido escrita en un momento de gran emoción.

"Si mi hija alguna vez vuelve a este lugar, espero que entienda que cada decisión que tomé fue por amor. El rancho siempre fue su hogar, aunque nunca pudo crecer aquí."

El silencio llenó la habitación.

Samantha sintió un nudo en la garganta. Durante años había imaginado mil razones por las que su madre la había dado en adopción. Algunas más dolorosas que otras. Pero leer esas palabras despertaba una sensación completamente diferente.

—Ella… pensaba en mí —dijo finalmente.

Britney se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Claro que sí.

Henry también la observaba con una expresión más seria de lo habitual.

—Parece que quería que algún día encontraras este lugar.

Samantha miró la carta otra vez. Había algo más en la esquina inferior que no había notado antes: una pequeña nota escrita casi como si hubiera sido añadida después.

"Confío en Henry y su familia para cuidar lo que más amo."

Samantha levantó la mirada inmediatamente.

—Henry…

Él frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué?

Samantha le mostró la línea final.

Henry leyó las palabras y pareció sorprendido.

—No sabía eso.

Mateo se inclinó para mirar también.

—Mi padre siempre dijo que tu madre confiaba mucho en nosotros… pero nunca mencionó una carta.

Samantha dobló el papel con cuidado, todavía procesando lo que acababa de descubrir. Aquella carta no respondía todas sus preguntas, pero sí confirmaba algo importante: su madre no la había abandonado por falta de amor.

Y de alguna manera… ese rancho siempre había sido parte de su historia.

Britney rompió el silencio con una pequeña sonrisa.

—Bueno… al menos sabemos que venir aquí no fue una locura.

Samantha también sonrió ligeramente.

—No.

Henry la miró con calma.

—Tal vez apenas estás empezando a entender por qué este lugar es importante.

Samantha levantó la vista hacia la ventana, donde los campos del rancho se extendían bajo el cielo que ya comenzaba a oscurecerse. Y por primera vez desde que había llegado a Texas, tuvo la extraña sensación de que aquel lugar —tan diferente de la vida que siempre había conocido— empezaba a sentirse un poco como hogar.

Capítulo 22: El secreto de Henry

Esa noche, después de leer la carta de su madre, Samantha no pudo dormir. Las palabras de Lidya seguían resonando en su mente, especialmente esa última línea en la que mencionaba a Henry y a su familia. Había algo ahí que no encajaba, algo que se sentía incompleto… como si la verdad estuviera a medio contar.

El rancho estaba en silencio cuando salió de la casa. Caminó sin pensarlo demasiado hasta el granero, donde una luz tenue se filtraba entre las tablas de madera. Al empujar la puerta, lo encontró ahí.

Henry.

Estaba sentado, con los codos apoyados en las rodillas, mirando al suelo.

—No podías dormir —dijo sin levantar la vista.

Samantha avanzó lentamente.

—Tú tampoco.

Hubo un breve silencio, pero esta vez Samantha no dudó.

—Henry… ¿Por qué mi mamá confiaba en ti?

Él levantó la mirada y por primera vez… parecía no tener una respuesta fácil.

—Porque yo sabía cosas que tú no sabías.

El corazón de Samantha se tensó.

—¿Qué cosas?

Henry se levantó despacio y caminó unos pasos, como si eligiera con cuidado cada palabra.

—Hace tiempo entraron en una crisis económica y… esas tierras valían mucho más de lo que parecían. Había gente interesada en comprarlas, pero también… gente poderosa que quería aprovecharse de la situación.

Samantha frunció el ceño.

—¿Y qué tiene eso de malo?

Henry la miró directamente.

—Que ella se negó al pacto.

El aire pareció volverse más pesado.

—¿Y…?

Henry bajó un poco la voz.

—Sus padres, desesperados, intentaron casarla con un hombre que podía ayudar, pero ella escapó y hubo persecución y amenazas.

Samantha sintió un nudo en el estómago.

—¿Amenazas de qué tipo?

Henry dudó un segundo… pero decidió no suavizarlo.

—De muerte.

El silencio cayó como un golpe.

Samantha apenas podía procesarlo.

—No… eso no puede ser…

Henry dio un paso hacia ella.

—Cuando tú naciste, todo empeoró. Porque entendió que tú eras lo más importante para ella.

Samantha sintió cómo su pecho se apretaba.

—¿Me estás diciendo que…?

Henry asintió.

—Que si regresaba contigo… iban a lastimarte.

Samantha retrocedió un poco, como si necesitara espacio para respirar.

—¿Por eso… me dio en adopción?

Henry suavizó la voz.

—Sí. Fue la única forma que encontró de sacarte de todo eso… de mantenerte fuera de su alcance.

Los ojos de Samantha se llenaron de lágrimas, pero no eran de tristeza… eran de entendimiento.

—Ella no me abandonó…

Henry negó.

—Te salvó.

El silencio que siguió fue profundo, pero distinto. Más claro.

Samantha respiró hondo.

—¿Y qué pasó con esas personas?

Henry cruzó los brazos.

—Con el tiempo… desaparecieron del mapa. Problemas legales, negocios que se vinieron abajo… nadie volvió a tocar el tema. Pero tu mamá nunca bajó la guardia.

Samantha lo miró fijamente.

—¿Y tú cómo sabes todo esto?

Henry bajó la mirada un segundo.

—Mi papá trabajaba con ella. Era el único en quien confiaba para manejar todo en el rancho… y también, junto con mi madre, huyeron con ella. Antes de morir, me contó todo. Me hizo prometer que si algún día regresabas… te cuidaría.

Samantha sintió algo muy fuerte en el pecho al escuchar eso.

—¿Me… cuidarás?

Henry la miró con calma.

—Siempre.

El silencio entre ellos cambió.

Ya no era incómodo.

Era íntimo.

—Entonces, este lugar… —murmuró Samantha, mirando alrededor— siempre fue mío.

Henry asintió.

—Y siempre estuvo esperándote.

Samantha lo miró de nuevo, pero ahora con otros ojos.

Ya no era solo el hombre del rancho.

Era alguien a quien había estado ligado a su historia desde antes de que ella lo supiera.

—Gracias por decírmelo —susurró.

Henry sonrió apenas.

—Ya era momento.

Y en ese instante… algo entre ellos cambió para siempre.

Capítulo 23: La fiesta del pueblo

Los días siguientes en el rancho pasaron más rápido de lo que Samantha habría imaginado. Entre ayudar a Elena en la cocina, acompañar a Mateo y Henry en algunas tareas —siempre manteniendo una distancia prudente de las vacas— y pasar las tardes leyendo el diario de su madre, comenzó a sentirse extrañamente cómoda en aquel lugar que al principio le había parecido tan ajeno. Incluso Britney se había adaptado por completo a la vida del pueblo, hasta el punto de que ya saludaba a varias personas por su nombre cada vez que iban al pequeño supermercado de Redwood Creek.

Aquella tarde, mientras el sol comenzaba a bajar, Mateo entró a la casa con una expresión animada.

—Esta noche hay fiesta en el pueblo.

Britney levantó la cabeza de inmediato desde el sillón.

—¿Fiesta?

—Sí —respondió Mateo. Es una tradición. Música, comida, baile… todo el mundo va.

Britney ya estaba sonriendo de oreja a oreja.

—¡Vamos!

Samantha levantó la vista desde el diario que estaba leyendo.

—¿Todo el pueblo?

Henry, apoyado contra la pared cerca de la puerta, respondió con tranquilidad.

—Más o menos.

Britney saltó del sillón.

—¡Sam, tenemos que ir!

Samantha dudó un momento. Las últimas veces que habían salido al pueblo habían sido divertidas… pero también impredecibles. Aun así, una parte de ella sentía curiosidad.

—Está bien —dijo finalmente.

La plaza de Redwood Creek estaba llena cuando llegaron. Habían colocado luces colgantes entre los árboles y varias mesas largas rodeaban un pequeño escenario donde un grupo local tocaba country. El aire olía a carne asada y pan recién horneado, y la gente

caminaba de un lado a otro saludándose como si todos fueran parte de una gran familia.

Britney estaba fascinada.

—Esto es mil veces mejor que cualquier fiesta elegante de Nueva York.

Mateo rió.

—Aquí no hay reglas.

Henry caminaba junto a Samantha observando el ambiente con tranquilidad.

—Te dije que el pueblo tenía sus cosas buenas.

Samantha miró alrededor. Había niños corriendo, parejas bailando cerca del escenario y varios puestos de comida que parecían caseros. Todo se sentía sencillo… pero auténtico.

—Es bonito —admitió.

Britney ya se había acercado a un puesto donde una señora vendía pastel de manzana.

—¡Sam, tienes que probar esto!

Samantha tomó un pequeño plato mientras Britney hablaba con la señora como si la conociera de toda la vida. Henry la observó con una leve sonrisa.

—Tu amiga se adapta rápido.

Samantha rió.

—Siempre ha sido así.

La música cambió a una canción más lenta y varias parejas comenzaron a reunirse frente al escenario. Britney ya estaba

arrastrando a Mateo hacia la pista improvisada sin darle oportunidad de protestar.

Samantha los miró con una mezcla de diversión y resignación.

—Pobre Mateo.

Henry cruzó los brazos.

—Creo que no le molesta tanto.

Durante unos minutos ambos se quedaron observando el baile en silencio. Las luces colgantes iluminaban suavemente la plaza y el cielo estaba lleno de estrellas.

—¿Bailas? —Preguntó Henry de repente.

Samantha lo miró.

—¿Otra vez?

—Es una fiesta —respondió él.

Ella dudó apenas un segundo antes de aceptar su mano. Caminaron hacia la pista y comenzaron a moverse al ritmo de la música. Esta vez Samantha no se sentía torpe como las primeras veces; sus movimientos eran más naturales y relajados.

Henry la giró suavemente y ella rió.

—Creo que estoy empezando a entender este estilo de baile.

—Te lo dije —respondió él.

Durante unos momentos simplemente siguieron el ritmo de la música. La cercanía entre ellos ya no se sentía incómoda, sino extrañamente familiar.

Cuando la canción terminó, Samantha levantó la mirada hacia Henry. Él la estaba observando con una expresión distinta, más seria… más

profunda.

—¿Qué? —Preguntó ella.

Henry dudó un segundo antes de responder.

—Nada.

Pero Samantha sabía que no era cierto.

—Henry.

Él suspiró ligeramente.

—Solo estaba pensando que cuando llegaste aquí… parecías odiar todo esto.

Samantha sonrió un poco.

—Tal vez lo hacía.

—Y ahora no.

Samantha miró alrededor. Las luces, la música, las risas del pueblo… y a Britney bailando exageradamente en medio de la pista.

—Supongo que algunas cosas cambian.

Henry dio un pequeño paso más cerca.

—Sí.

El silencio entre ellos volvió a surgir. Esta vez no era incómodo… era cargado de algo que ambos parecían entender sin decirlo.

Henry levantó una mano y apartó suavemente un mechón de cabello del rostro de Samantha.

Ella sintió cómo su corazón se aceleraba.

Por un segundo pareció que finalmente iba a pasar.

Henry se inclinó ligeramente hacia ella…

Pero entonces una voz masculina se escuchó detrás de ellos.

—Samantha.

Ambos se separaron inmediatamente.

Samantha se giró… y su expresión cambió por completo.

Daniel estaba de pie a pocos metros de ellos.

Su novio de Nueva York.

Y no estaba solo.

Junto a él estaba Hanna.

Capítulo 24: Dos mundos

La música de la plaza seguía sonando, las luces colgantes brillaban sobre las mesas y la gente continuaba bailando como si nada hubiera pasado, pero para Samantha el ambiente cambió por completo en ese instante. Daniel estaba ahí, a unos pasos, vestido con la misma elegancia impecable de siempre: camisa perfectamente planchada, reloj brillante y una expresión segura en el rostro, como si su presencia en medio de aquel pequeño pueblo de Texas fuera lo más natural del mundo. A su lado, Hanna sonreía con una mezcla de curiosidad y emoción mientras observaba todo a su alrededor.

Samantha tardó un par de segundos en reaccionar.

—Daniel… ¿qué haces aquí?

Él abrió los brazos con una sonrisa encantadora.

—Vine a buscarte.

Britney, que en ese momento regresaba de la pista de baile con Mateo, se detuvo en seco al ver la escena. Sus ojos pasaron rápidamente de Daniel a Henry y luego a Samantha, como si estuviera evaluando una situación extremadamente complicada.

Daniel se acercó un paso más.

—Pensé que sería una buena sorpresa.

Samantha todavía parecía confundida.

—Pero… ¿cómo supiste dónde estaba?

Hanna respondió con entusiasmo.

—¡Fue fácil! Tu amiga Britney mencionó el nombre del pueblo en una publicación en redes sociales.

Britney abrió los ojos.

—¿Yo dije eso?

Mateo soltó una pequeña risa.

—Sí.

Daniel miró alrededor con una expresión curiosa, observando la música, la comida y las botas de vaquero de casi todos los presentes.

—Así que este es el famoso Redwood Creek.

Samantha asintió lentamente.

—Sí…

Daniel finalmente pareció notar a Henry, que permanecía de pie junto a Samantha con una postura tranquila pero firme.

—¿Y tú eres…?

Samantha reaccionó rápidamente.

—Daniel, él es Henry. Vive aquí en el rancho… Bueno, su familia cuida el rancho.

Henry extendió la mano con calma.

—Henry Hayes.

Daniel estrechó su mano con una sonrisa educada, aunque su mirada lo evaluaba con cierto cuidado.

—Daniel Carter.

Durante un segundo el ambiente entre ambos se volvió ligeramente tenso, algo que incluso Britney notó de inmediato.

Para romper el incómodo silencio, Hanna habló con entusiasmo.

—¡Este lugar es increíble! Nunca había estado en un pueblo así.

Britney recuperó su sonrisa rápidamente.

—Oh, espera a probar el pastel de manzana.

Mateo levantó una ceja.

—Eso es lo primero que recomiendas siempre.

Mientras ellos comenzaban a hablar, Daniel volvió la atención a Samantha.

—Me alegra verte.

Samantha todavía parecía sorprendida.

—No esperaba que vinieras.

Daniel tomó suavemente sus manos.

—Te extraño.

Henry observó la escena sin decir nada, pero su expresión se volvió más seria.

Daniel continuó hablando.

—Además, pensé que sería buena idea ver el rancho del que has hablado tanto.

Samantha frunció ligeramente el ceño.

—¿He hablado mucho de él?

Daniel sonrió.

—Más de lo que crees.

Samantha no respondió inmediatamente. De repente se dio cuenta de que estaba parada entre dos mundos completamente distintos.

Por un lado, estaba Daniel: su vida en Nueva York, sus cenas elegantes, los planes de futuro que todos esperaban de ella. Y, por otro lado, estaban Henry, el rancho, las tardes tranquilas, las risas inesperadas y esa sensación nueva de libertad que no sabía explicar del todo.

Britney, que observaba la situación con la atención de alguien que disfruta un poco el drama, se inclinó hacia Mateo y susurró:

—Esto se va a poner interesante.

Mateo asintió con una pequeña sonrisa.

Daniel miró hacia el escenario donde la banda comenzaba otra canción.

—¿Bailamos?

Samantha dudó apenas un segundo.

—Claro.

Daniel la guió hacia la pista de baile con naturalidad, como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar, aunque claramente no encajaba del todo entre botas vaqueras y sombreros de paja.

Henry se quedó donde estaba, observando.

Britney caminó lentamente hasta él.

—No te ves muy feliz.

Henry mantuvo la mirada en la pista de baile.

—Ella tiene novio.

Britney cruzó los brazos.

—Sí… pero eso no significa que todo esté decidido.

Henry levantó una ceja.

—¿Ah no?

Britney sonrió ligeramente.

—Confía en mí.

Henry no respondió, pero sus ojos seguían a Samantha mientras bailaba con Daniel bajo las luces del pueblo.

Y por primera vez desde que ella había llegado al rancho… Henry empezó a preguntarse si tal vez la estaba perdiendo.

Capítulo 25: Un visitante en el rancho

A la mañana siguiente, el rancho despertó con un ambiente distinto. No era el sonido de los gallos ni el motor de la camioneta lo que hacía la diferencia, sino la presencia de alguien que claramente no pertenecía a ese lugar. Daniel estaba de pie en el porche de la casa principal, con una taza de café en la mano, observando los campos como si intentara entender cómo funcionaba aquel mundo lleno de polvo, animales y silencio. Su camisa seguía perfectamente planchada, lo cual contrastaba bastante con las botas llenas de tierra de Mateo y Henry, que ya llevaban horas trabajando.

Samantha salió de la casa todavía acomodándose el cabello.

—¿Dormiste bien?

Daniel giró hacia ella con una sonrisa.

—Sorprendentemente sí. Aunque creo que nunca había escuchado tantos animales durante la noche.

Samantha rió un poco.

—Te acostumbras.

En ese momento Britney apareció detrás de ellos con una expresión sospechosamente alegre.

—Buenos días, vaqueros de ciudad.

Daniel levantó una ceja.

—¿Eso era para mí?

—Especialmente para ti —respondió Britney divertida.

Mateo se acercó desde el corral limpiándose las manos con un trapo.

—Hoy vamos a revisar unas cercas y trasladar unas reses al campo norte.

Daniel miró hacia los corrales con interés.

—¿Puedo acompañarlos?

Henry, apoyado contra la camioneta, levantó la mirada lentamente. Durante un segundo pareció evaluar la idea.

—Claro —respondió finalmente. Pero no prometo que sea divertido.

Daniel sonrió con confianza.

—Estoy seguro de que sobreviviré.

Un rato después, los cuatro caminaban hacia el campo mientras Britney y Hanna se quedaban cerca de la casa ayudando a Elena con algunas cosas. El sol ya comenzaba a calentar con fuerza y el camino de tierra levantaba pequeñas nubes de polvo con cada paso.

Daniel observaba todo con curiosidad.

—Debo admitir que esto es muy diferente a Nueva York.

Mateo rió.

—Eso es decir poco.

Henry abrió un portón de madera y lo sostuvo para que pasaran.

—Aquí las cosas funcionan más despacio.

Daniel miró alrededor.

—Pero también parece más tranquilo.

Samantha lo observó con cierta curiosidad. Era extraño verlo ahí, caminando entre cercas y campos como si realmente intentara adaptarse.

Cuando llegaron al corral donde varias vacas se movían lentamente, Henry tomó una cuerda y empezó a revisar la cerca con movimientos cuidadosos.

Daniel lo observaba con atención.

—¿Aprendiste todo esto aquí?

Henry asintió.

—Desde niño.

Daniel apoyó las manos en la cerca.

—Debe ser una vida muy distinta.

Henry levantó la mirada hacia él.

—Lo es.

Por un momento, ambos se quedaron en silencio, como si cada uno midiera al otro sin decirlo abiertamente.

Samantha notó la tensión y decidió intervenir.

—Daniel, ¿quieres ver algo más interesante que una cerca?

Mateo rió.

—Eso suena peor de lo que parece.

Henry abrió otro portón y comenzó a mover algunas vacas hacia un lado del campo. Daniel intentó ayudar, pero rápidamente quedó claro que no tenía mucha experiencia con animales. En un momento dio un paso demasiado cerca de una de las vacas y tuvo que apartarse rápidamente.

Mateo soltó una carcajada.

—Tranquilo, no muerden.

Daniel se acomodó la camisa con una pequeña sonrisa.

—Voy aprendiendo.

Henry observó la escena con una expresión tranquila.

—Eso parece.

Mientras tanto, cerca de la casa, Britney ayudaba a Elena a acomodar algunas cajas cuando notó algo curioso. Hanna estaba sentada en una silla, revisando su celular, con una sonrisa extraña. Britney pasó cerca de ella por casualidad… o al menos eso parecía.

En la pantalla había una foto.

Una foto de Daniel.

Pero no era una foto normal.

Era una foto en la que él aparecía sin camisa, claramente tomada en un lugar privado.

Britney frunció el ceño.

—Qué raro…

Hanna levantó la vista rápidamente y bloqueó el teléfono.

—¿Qué cosa?

Britney sonrió como si nada.

—Nada.

Pero mientras se alejaba hacia la cocina, una pequeña sospecha empezó a crecerle en la cabeza.

Algo no estaba bien.

Mientras tanto, en el campo, Samantha observaba cómo Henry guiaba a las vacas con una seguridad natural. Daniel también lo miraba, aunque con una expresión más analítica.

Finalmente habló.

—Entiendo por qué Samantha ha estado hablando tanto de este lugar.

Henry levantó la mirada hacia él.

—¿Sí?

Daniel asintió.

—Es diferente.

Henry no respondió inmediatamente.

—Eso es lo que lo hace especial.

Samantha sintió de nuevo esa extraña sensación de estar entre dos mundos. Daniel representaba la vida que siempre había conocido… pero Henry representaba algo nuevo que apenas comenzaba a descubrir.

Y por primera vez, no estaba segura de cuál de los dos caminos era el suyo.

Capítulo 26: Una tarde que lo cambia todo

El calor de la tarde caía lentamente sobre el rancho, tiñendo el cielo de tonos dorados mientras el viento movía suavemente los campos abiertos. Después de la mañana trabajando en las cercas, todos habían regresado a casa para comer algo y descansar un poco. Daniel parecía agotado; aunque intentaba disimularlo, el polvo en sus pantalones y el cansancio en su postura delataban que el trabajo del rancho no era precisamente su ambiente natural. Samantha lo notó mientras él se sentaba en el porche con un vaso de limonada que Elena acababa de prepararle.

—Creo que hoy aprendí que las vacas no son tan tranquilas como parecen —dijo Daniel con una pequeña risa.

Mateo soltó una carcajada desde la mesa.

—Eso fue porque te acercaste demasiado.

Henry estaba apoyado en la baranda del porche, observando el campo en silencio mientras bebía agua. Samantha lo miró durante un segundo sin que él se diera cuenta. Había algo en su forma tranquila de moverse y en la seguridad con que trabajaba en aquel lugar que la hacía sentir extrañamente cómoda. Era una sensación muy distinta de la vida acelerada de Nueva York.

Un rato después, mientras todos descansaban, Henry se levantó.

—Voy a revisar el campo del arroyo antes de que anochezca.

Samantha levantó la mirada inmediatamente.

—¿Puedo ir contigo?

Daniel la miró con curiosidad.

—¿Otra aventura del rancho?

Samantha sonrió.

—Solo un paseo.

Henry asintió con una pequeña sonrisa y caminó hacia la camioneta. Samantha lo siguió mientras el sol comenzaba a bajar por el horizonte.

El camino hacia el arroyo era tranquilo. La camioneta avanzaba lentamente por el sendero de tierra mientras el viento entraba por la ventana abierta, moviendo el cabello de Samantha. Durante unos minutos ninguno de los dos habló.

Finalmente, Henry rompió el silencio.

—Tu novio parece buen tipo.

Samantha miró el paisaje antes de responder.

—Sí… lo es.

Henry mantuvo la vista en el camino.

—Entonces supongo que pronto volverás a Nueva York.

La pregunta quedó flotando en el aire.

Samantha tardó unos segundos en responder.

—No lo sé.

Henry giró ligeramente la cabeza hacia ella.

—¿No lo sabes?

Samantha suspiró suavemente.

—Antes de venir aquí, todo era claro… mi vida, mis planes, todo estaba decidido. Pero ahora siento que descubrí algo diferente.

Henry detuvo la camioneta cerca del arroyo. El sonido del agua corriendo suavemente llenaba el silencio del lugar. Ambos bajaron del vehículo y caminaron unos pasos hasta una pequeña colina desde donde se veía el campo abierto.

El cielo comenzaba a pintarse de naranja.

Henry cruzó los brazos.

—Este lugar no es fácil para alguien que creció con todas las comodidades de la ciudad.

Samantha sonrió ligeramente.

—Eso pensaba yo también.

Henry la miró con curiosidad.

—¿Y ahora?

Samantha se sentó en una roca mientras observaba el horizonte.

—Ahora creo que tal vez nunca conocí realmente lo que era sentirse en casa.

Henry no dijo nada durante unos segundos.

Luego caminó hasta una cerca y tomó algo colgado de uno de los postes. Regresó hacia Samantha y se lo extendió.

Era una pequeña pieza de metal rústico.

Una pata de herradura vieja que alguien había convertido en un pequeño amuleto.

—¿Qué es esto? —Preguntó Samantha.

Henry sonrió.

—Un recuerdo del rancho.

Samantha lo sostuvo en la mano.

—¿Por qué me lo das?

Henry se encogió ligeramente de hombros.

—Para que recuerdes este lugar cuando vuelvas a la ciudad.

Samantha lo observó con una expresión suave.

—¿Y si no quiero olvidarlo?

Henry dio un pequeño paso hacia ella.

Por un segundo el aire entre ambos se volvió más intenso, como si algo estuviera a punto de pasar. Samantha sintió su corazón acelerarse ligeramente mientras lo miraba. Henry también parecía dudar.

Sus rostros quedaron a pocos centímetros.

Pero justo en ese momento el sonido de un teléfono rompió el momento.

Era el celular de Samantha.

Daniel.

Samantha se apartó ligeramente mientras contestaba.

—¿Hola?

La voz de Daniel sonaba alegre.

—Solo quería saber dónde estabas. Hanna y Britney están preparando una cena especial.

Samantha miró a Henry por un instante antes de responder.

—Ya vamos de regreso.

Cuando colgó, el silencio volvió por un momento.

Henry caminó hacia la camioneta.

—Será mejor que volvamos.

Samantha lo siguió lentamente, todavía sosteniendo el pequeño amuleto en la mano.

Mientras tanto, en la casa del rancho, Britney estaba en la cocina con Hanna ayudando a Elena a preparar la cena. Pero, en realidad, su atención estaba en otra cosa. Mientras Hanna dejaba su celular sobre la mesa por un momento, Britney lo miró discretamente.

La pantalla se iluminó con una notificación.

Un mensaje.

De Daniel.

Britney frunció el ceño.

Porque el mensaje decía algo que definitivamente no era normal.

"Luego hablamos cuando estemos solos."

Britney levantó la mirada lentamente hacia Hanna.

Y en ese instante una idea muy incómoda empezó a formarse en su cabeza.

Tal vez Samantha no era la única que tenía sentimientos confundidos.

Tal vez… alguien más estaba ocultando algo.

Capítulo 27: Las piezas comienzan a encajar

La cena en el rancho aquella noche tenía un ambiente cálido y animado. Elena había preparado una mesa grande en el patio trasero, iluminada por varias luces colgantes que le daban al lugar un aire acogedor. El olor de la comida casera llenaba el aire mientras todos se acomodaban alrededor de la mesa. Mateo servía bebidas, Britney ayudaba a llevar platos y Hanna parecía especialmente alegre, conversando con Daniel como si se conocieran perfectamente.

Samantha lo notó.

No era algo muy evidente, pero había pequeños detalles que llamaban su atención. Hanna reía demasiado de los comentarios de Daniel, y él parecía buscar su mirada más de una vez durante la conversación. Samantha trató de ignorarlo. Tal vez solo estaba imaginando cosas.

Henry estaba sentado frente a ella, comiendo en silencio mientras observaba la conversación en general. De vez en cuando levantaba la mirada hacia Samantha, y ella sentía ese extraño nerviosismo cada vez que sus ojos se encontraban.

—Este lugar es increíble —dijo Daniel mientras observaba el campo oscuro a lo lejos. Es mucho más tranquilo que la ciudad.

Mateo levantó su vaso.

—Eso es porque aquí no tenemos tráfico.

Todos rieron.

Britney, sin embargo, estaba mucho más concentrada en otra cosa. Durante toda la cena había estado observando cuidadosamente a Hanna y a Daniel. Cada gesto, cada mirada, cada momento en que sus teléfonos vibraban al mismo tiempo.

Finalmente decidió hacer algo.

—Hanna —dijo con una sonrisa aparentemente inocente—, ¿me ayudas un momento en la cocina?

Hanna se levantó sin sospechar nada.

—Claro.

Ambas entraron a la casa mientras los demás seguían conversando afuera. En cuanto estuvieron solas en la cocina, Britney cruzó los brazos y se apoyó contra la encimera.

—Así que… —dijo lentamente— ¿Desde cuándo?

Hanna frunció el ceño.

—¿Desde cuándo qué?

Britney la miró fijamente.

—¿Desde cuándo tú y Daniel se envían mensajes a escondidas?

El silencio que siguió fue más que suficiente.

Hanna parpadeó.

—No sé de qué hablas.

Britney caminó un paso hacia ella.

—Vi el mensaje.

Hanna abrió la boca para responder… pero luego simplemente suspiró.

—No es lo que crees.

Britney levantó una ceja.

—Ah, sí. Esa frase siempre significa exactamente lo que creo.

Hanna se sentó en una silla y se pasó la mano por el cabello, nerviosa.

—Solo… pasó.

Britney casi se atragantó.

—¿PASÓ?

Hanna bajó la voz.

—Fue antes de que viniéramos a Texas… una noche… Samantha y Daniel estaban discutiendo mucho últimamente y… Britney levantó una mano.

—No quiero detalles.

El enojo en su rostro era evidente.

—¿Samantha sabe?

Hanna negó con la cabeza rápidamente.

—No. Y no puede saberlo.

Britney soltó una risa incrédula.

—¿En serio crees que eso se puede ocultar?

Hanna la miró con desesperación.

—Fue un error.

Britney la observó durante unos segundos.

—Pues ese "error" está a punto de explotar.

Mientras tanto, afuera, Samantha caminaba hacia el granero para buscar unas linternas que Elena había pedido. El lugar estaba silencioso, iluminado apenas por la luz de la luna que entraba por las rendijas de madera.

Cuando abrió la puerta, escuchó una voz detrás de ella.

—Pensé que te habías perdido.

Era Henry.

Samantha sonrió.

—Solo vine por unas linternas.

Henry caminó hasta una mesa donde había varias herramientas y tomó una.

—Aquí.

Samantha la encendió y la luz iluminó parcialmente el interior del granero.

Durante unos segundos ninguno habló.

Finalmente, Henry dijo algo en lo que llevaba rato pensando.

—¿Te vas a casar con él?

La pregunta fue directa.

Samantha bajó la mirada hacia la linterna.

—No lo sé.

Henry frunció ligeramente el ceño.

—Pensé que ya lo sabías.

Samantha suspiró.

—Antes sí.

Henry dio un paso hacia ella.

—¿Y ahora?

Samantha levantó la mirada lentamente.

—Ahora… todo es más complicado.

El silencio entre ellos volvió a aparecer, pero esta vez era más intenso. Henry estaba tan cerca que Samantha podía sentir su respiración.

Por un instante pareció que ambos estaban a punto de cruzar una línea de la que no podrían volver.

Pero entonces se escuchó la voz de Daniel desde la casa.

—¡Samantha!

Ella se apartó ligeramente.

—Tengo que volver.

Henry asintió con una pequeña sonrisa que escondía algo de resignación.

—Sí.

Cuando Samantha salió del granero, no sabía que Britney estaba tomando una decisión muy importante en la casa.

Porque después de hablar con Hanna, Britney estaba segura de algo:

Daniel no era el hombre perfecto que todos creían.

Y tarde o temprano…

Samantha iba a descubrirlo.

Capítulo 28: La propuesta

La mañana siguiente amaneció tranquila en el rancho. El sol apenas comenzaba a levantarse sobre los campos abiertos y el aire todavía conservaba ese frescor suave que desaparecía en cuanto avanzaba el día. Samantha estaba sentada en el porche con una taza de café entre las manos, observando el horizonte. Había algo en ese lugar que le daba una paz extraña, una sensación de calma que jamás había experimentado en la ciudad.

Sin embargo, en su cabeza todo estaba lejos de estar en calma.

Pensaba en Daniel.

Pensaba en Henry.

Pensaba en su vida antes de llegar a Texas… y en cómo todo parecía distinto ahora.

La puerta de la casa se abrió y Daniel salió al porche con una sonrisa relajada.

—Buenos días.

Samantha le devolvió la sonrisa.

—Buenos días.

Daniel se sentó a su lado y observó el campo durante unos segundos.

—Debo admitir algo.

—¿Qué cosa?

—Nunca imaginé que me gustaría tanto un lugar como este.

Samantha levantó una ceja divertida.

—Eso sí es una sorpresa.

Daniel rió suavemente.

—Tal vez necesitaba salir de la ciudad un poco.

Por un momento ambos se quedaron en silencio.

Luego Daniel tomó aire, como si estuviera reuniendo valor para decir algo importante.

—Samantha… he estado pensando mucho últimamente.

Ella giró la cabeza hacia él.

—¿Sobre qué?

Daniel metió la mano en el bolsillo de su chaqueta.

—Sobre nosotros.

Samantha sintió un pequeño nudo en el estómago.

Daniel sacó una pequeña caja.

—Sobre nuestro futuro.

Samantha se quedó completamente quieta.

En ese momento, Britney salía de la casa con Mateo cuando vio la escena desde la puerta. Sus ojos se abrieron inmediatamente.

—Oh no… —murmuró.

Mateo miró hacia el porche.

—¿Qué pasa?

Pero Britney ya entendía perfectamente lo que estaba ocurriendo.

Daniel abrió la caja lentamente.

Dentro había un anillo brillante que reflejaba la luz de la mañana.

—Samantha —dijo con una sonrisa segura—, hemos pasado momentos increíbles juntos, y sé que nuestra vida en Nueva York apenas está comenzando. Quiero construir todo contigo.

Samantha apenas podía respirar.

Daniel bajó a una rodilla.

—¿Quieres casarte conmigo?

El mundo pareció detenerse por un segundo.

Desde la puerta de la casa, Britney estaba prácticamente en pánico.

—Esto no puede estar pasando…

Mateo la miró confundido

—¿Por qué?

Britney apretó los labios.

Porque sabía algo que Samantha todavía no sabía.

Mientras tanto, cerca del establo, Henry terminaba de acomodar unas herramientas cuando levantó la mirada hacia la casa principal. Desde donde estaba podía ver perfectamente el porche.

Y lo que vio hizo que su expresión cambiara de inmediato.

Daniel de rodillas.

Samantha frente a él.

El anillo.

Henry se quedó inmóvil por un momento.

Luego bajó la mirada lentamente.

No necesitaba escuchar la respuesta.

En el porche, Samantha sentía su mente completamente llena de pensamientos. Daniel la miraba con esperanza, a la espera de su respuesta.

Ella pensó en Nueva York.

Pensó en sus padres.

Pensó en la vida que siempre había tenido.

Y luego… por un segundo, pensó en el rancho. En las tardes tranquilas. En las risas con Britney. En las miradas silenciosas con Henry.

Pero Daniel seguía ahí, mirándola con amor.

Finalmente, Samantha respiró profundamente.

—Sí…

Daniel sonrió de inmediato mientras se levantaba y colocaba el anillo en su dedo.

—Sabía que dirías que sí.

La abrazó con entusiasmo.

Desde la puerta, Britney cerró los ojos con frustración.

—Esto se va a poner muy feo…

Mientras tanto, Henry ya se había alejado del establo.

No quería ver más.

Porque en ese momento estaba convencido de algo:

Samantha ya había elegido su camino.

Y ese camino… No lo incluía a él.

Capítulo 29: De regreso a Nueva York

El viaje de regreso a Nueva York fue completamente distinto del que Samantha había hecho semanas atrás hacia Texas. Cuando llegó al rancho, su mente estaba llena de preguntas sobre su pasado, su verdadera madre y el misterio de aquel lugar que había heredado. Ahora, mientras el avión descendía lentamente entre los rascacielos de la ciudad, llevaba en su mano izquierda un brillante anillo de compromiso que parecía pesar mucho más de lo que imaginaba.

Daniel estaba sentado a su lado revisando algunos mensajes en su teléfono, completamente relajado.

—Mis padres están emocionados por conocerte oficialmente como mi prometida —dijo con una sonrisa. Ya están hablando de la boda.

Samantha miró por la ventana.

—¿Tan rápido?

Daniel rió.

—Cuando encuentras a la persona correcta, ¿para qué esperar?

Ella sonrió suavemente, aunque en su pecho había una sensación difícil de explicar.

Cuando llegaron al departamento de Samantha, todo volvió a sentirse familiar: los muebles elegantes, las ventanas enormes con vista a la ciudad, el ruido constante del tráfico abajo. Era su mundo de siempre. El mundo que conocía desde niña.

Pero algo en su interior se sentía… distinto.

Mientras Daniel hablaba por teléfono en la sala, Samantha comenzó a desempacar la maleta que había traído del rancho. Sacó ropa, botas llenas de polvo, algunos recuerdos del viaje y un par de cosas que Britney había insistido en que llevara.

Entre las prendas apareció algo pequeño que rodó sobre la cama.

Samantha lo tomó.

Era el pequeño amuleto de metal que Henry le había dado en el arroyo. La vieja pieza de herradura que él había convertido en un recuerdo del rancho.

Samantha lo sostuvo en su mano durante varios segundos.

Podía recordar perfectamente el momento en que se lo había dado, el viento moviendo el pasto alrededor, la forma en que Henry la había mirado.

Sacudió ligeramente la cabeza, como intentando alejar ese pensamiento.

—Es solo un recuerdo —murmuró para sí misma.

Guardó el amuleto dentro de la maleta nuevamente.

Pero la sensación no desapareció.

Esa misma noche, Britney llegó al departamento para ayudarla con los primeros preparativos de la boda. Traía varias bolsas con revistas, ideas para vestidos y decoraciones.

—Tenemos mucho que hacer —dijo entrando con energía—. Esto será la boda del año.

Samantha rió mientras la abrazaba.

—No exageres.

Britney dejó las cosas sobre la mesa.

—No exagero. Tu madre ya llamó tres veces preguntando por fechas.

Samantha caminó hacia la cocina mientras Britney revisaba algunas fotos que habían tomado en Texas.

—¿Y tú? —Preguntó Samantha. ¿Extrañas el rancho?

Britney se quedó en silencio durante un segundo.

—Un poco.

Samantha sonrió.

—Mateo te gustaba.

Britney se encogió de hombros.

—Tal vez.

Pero su mente estaba en otro lugar.

En la conversación con Hanna.

En el mensaje que había visto.

En el secreto que Samantha aún no conocía.

Britney sabía que debía decir algo.

Pero cada vez que intentaba imaginar el momento… dudaba.

Mientras tanto, en otra parte de la ciudad, Hanna estaba sentada en un bar elegante frente a Daniel.

Ambos tenían copas frente a ellos.

Daniel se veía relajado.

—Todo salió perfecto —dijo.

Hanna no parecía tan tranquila.

—No estoy segura de que esto sea buena idea.

Daniel bebió un poco de su copa.

—¿A qué te refieres?

Hanna bajó la voz.

—Britney sospecha algo.

Daniel levantó la mirada.

—¿Qué tanto sabe?

—No lo sé… pero me hizo preguntas.

Daniel suspiró con molestia.

—Solo tenemos que mantener la calma hasta la boda.

Hanna lo miró con nerviosismo.

—¿Y después?

Daniel se recostó en la silla.

—Después todo será más fácil.

Pero Hanna no parecía convencida.

Porque en el fondo sabía algo:

Los secretos… siempre terminaban saliendo a la luz.

Mientras tanto, en Texas, Henry estaba terminando de cerrar la puerta del granero al final del día. El sol se ocultaba lentamente sobre los campos y el rancho volvía a quedar en silencio.

Mateo caminó hacia él.

—¿Supiste que Samantha ya regresó a Nueva York?

Henry asintió.

—Sí.

Mateo lo observó con atención.

—¿Estás bien?

Henry se apoyó contra la puerta del granero mirando el horizonte.

—Ella eligió su vida.

Mateo cruzó los brazos.

—¿Y tú?

Henry tardó un momento en responder.

—Yo siempre he estado aquí.

Pero, aunque intentaba convencerse de eso…

En el fondo sabía que algo había cambiado desde que Samantha había llegado a ese rancho.

Y que tal vez… Nada volvería a ser exactamente igual.

Capítulo 30: La verdad en una fotografía

La despedida de soltera de Samantha terminó siendo mucho más grande de lo que ella había imaginado. Britney había organizado todo en un bar elegante en el centro de Nueva York, uno de esos lugares con música en vivo, luces suaves y una terraza con vista a los rascacielos iluminados. La noche estaba llena de risas, brindis y

música mientras varias amigas del círculo social de Samantha celebraban su próxima boda.

Samantha llevaba un vestido blanco sencillo, y una pequeña banda que decía "Bride to be", que Britney había insistido en que usara. Aunque al principio le pareció exagerado, después de un par de copas terminó riéndose con todas.

—¡Por Samantha! —gritó Britney levantando su vaso—. ¡Qué pronto dejará de ser una mujer libre!

Todas rieron mientras chocaban sus copas.

—Oye —dijo una de sus amigas—. ¿Es verdad que te vas a vivir a un rancho en Texas?

Samantha rió.

—No exactamente.

Pero al decirlo sintió algo extraño en el pecho.

Porque en realidad… ni siquiera ella estaba segura de cuál sería su vida después de la boda.

La música subió de volumen y varias comenzaron a bailar. Hanna estaba sentada junto a Samantha en la mesa, aparentemente tranquila, aunque por dentro no lo estaba en absoluto. Desde que Britney comenzó a sospechar, Hanna sentía una presión constante en el pecho.

En un momento, Samantha sacó su celular para tomar algunas fotos del grupo.

La pantalla estaba negra.

—Genial… se quedó sin batería —murmuró.

Britney levantó la mano.

—Usa el mío.

—No, el tuyo tiene como mil fotos de gatos —respondió Samantha riendo.

Hanna, sin pensarlo demasiado, dejó su celular sobre la mesa.

—Toma el mío.

Samantha lo tomó con naturalidad.

—Perfecto.

Se levantó un poco y empezó a tomar fotos del grupo: selfies, risas, copas levantadas, caras divertidas. Varias de sus amigas se acercaban para salir en las fotos mientras Britney hacía poses exageradas para hacerlas reír.

—¡Esta va para el recuerdo! —dijo Samantha, tomando otra foto.

Después de varios minutos, Samantha se sentó nuevamente.

—Se las voy a enviar.

Entró a la galería del celular para seleccionar las fotos.

Y entonces… La vio.

Al principio su cerebro tardó un segundo en procesarlo.

Era una fotografía de Daniel.

Pero no era una foto normal.

Daniel aparecía semidesnudo, recostado en una cama, claramente captado en un momento íntimo. No era una foto casual ni una imagen pública.

Era una foto privada.

Muy privada.

El estómago de Samantha se revolvió de inmediato.

Su corazón empezó a latir más rápido mientras sus ojos recorrían la pantalla.

Había más.

Varias fotos.

Mensajes.

Su mente empezó a unir piezas que no quería unir.

Samantha levantó lentamente la mirada hacia Hanna.

—¿Qué es esto?

Hanna se quedó completamente congelada.

—Samantha…

La música seguía sonando alrededor, las demás amigas seguían riendo sin darse cuenta de lo que estaba ocurriendo en la mesa.

Pero para Samantha el mundo se había quedado en silencio.

—¿Desde cuándo? —Preguntó con voz baja.

Hanna bajó la mirada.

—Fue… un error.

Las palabras cayeron como un golpe.

Britney, que estaba a unos pasos, bailando con otras amigas, notó la tensión de inmediato y se acercó.

—¿Qué pasa?

Samantha giró el teléfono hacia ella.

Britney lo vio.

Cerró los ojos.

—Oh no…

Samantha se levantó de la silla.

—¿Tú lo sabías?

Britney dudó apenas un segundo.

—Lo descubrí hace poco.

Samantha soltó una risa amarga.

—Qué bien.

Hanna trató de hablar.

—Samantha, yo…

—No —la interrumpió Samantha—. No quiero escuchar nada.

Su mente estaba completamente llena de pensamientos.

Daniel.

La propuesta.

La boda.

Y ahora esto.

Samantha respiró profundamente tratando de calmarse.

—La boda se cancela.

Britney abrió los ojos.

—¿Estás segura?

Samantha la miró con una mezcla de dolor y claridad.

—Más segura que nunca.

Mientras tomaba su bolso y salía del bar, una sola imagen le apareció a la mente.

El rancho.

El viento moviendo el pasto.

Y Henry mirándola bajo el atardecer de Texas.

Por primera vez desde que había aceptado la propuesta… Samantha sentía que su corazón volvía a tener claridad.

Capítulo 31: Dónde realmente está el hogar

La mañana después de la despedida de soltera fue una de las más difíciles que Samantha había vivido. La ciudad seguía con su ritmo habitual: taxis pasando, gente caminando apresurada por las calles, cafeterías llenas desde temprano. Pero dentro del departamento de Samantha, todo estaba en silencio.

El anillo seguía sobre la mesa de la cocina.

Samantha lo había quitado apenas llegó esa noche. No había dormido mucho. Había pasado horas pensando en todo lo ocurrido, repasando cada momento con Daniel, cada conversación, cada detalle que ahora parecía tener un significado distinto.

Cuando Daniel llegó al departamento esa mañana, ella ya estaba esperando.

—Samantha —dijo con una sonrisa. Estaba pensando que podríamos empezar a buscar lugares para la recepción de la boda…

Pero su voz se detuvo cuando vio el anillo sobre la mesa.

—¿Qué pasó?

Samantha respiró profundamente.

—La boda se cancela.

Daniel frunció el ceño.

—¿Qué?

Ella lo miró directamente a los ojos.

—Vi las fotos en el celular de Hanna.

El silencio que siguió fue suficiente para confirmar todo.

Daniel pasó la mano por su cabello con nerviosismo.

—Samantha… puedo explicarlo.

Ella negó suavemente con la cabeza.

—No hace falta.

Por un momento Daniel pareció buscar las palabras correctas.

—Fue un error.

Samantha soltó una pequeña risa sin humor.

—Sí… eso mismo dijo ella.

Daniel intentó acercarse.

—No significa nada.

Samantha lo detuvo levantando la mano.

—Significa todo.

La claridad que sentía en ese momento era inesperada. Por primera vez en mucho tiempo, Samantha no estaba pensando en lo que sus padres esperaban, ni en lo que la sociedad consideraba perfecto.

Solo pensaba en lo que realmente quería.

—No voy a casarme contigo —dijo finalmente.

Daniel se quedó en silencio.

—¿Es por ese tipo del rancho?

Samantha no respondió de inmediato.

Pero su silencio fue suficiente.

Esa misma tarde Samantha visitó a sus padres. Victor y Amelia estaban preocupados cuando escucharon lo que había pasado, pero después de escuchar toda la historia, terminaron abrazándola.

—Lo importante es que descubriste la verdad antes de casarte —dijo Amelia.

Victor suspiró.

—Tal vez debamos conocer ese famoso rancho del que hablas tanto.

Samantha sonrió.

—Me encantaría.

Dos días después, Samantha volvió a hacer una maleta.

Pero esta vez no era una visita breve.

Cuando el avión aterrizó en Texas, el aire cálido del campo la recibió como si regresara a casa. Britney ya la estaba esperando con una enorme sonrisa.

—¡Sabía que volverías!

Samantha la abrazó riendo.

—No podía quedarme allá.

—Mateo está feliz —dijo Britney guiñando un ojo. Dice que ahora sí eres oficialmente parte del pueblo.

El camino al rancho se sintió diferente esta vez.

Más familiar.

Más real.

Cuando la camioneta se detuvo frente a la casa principal, Samantha bajó lentamente.

Mateo y Elena estaban en el porche.

—¡Mira quién volvió! —exclamó Elena abrazándola.

Pero Samantha no podía evitar buscar con la mirada.

Henry.

—Está en el granero —dijo Mateo con una pequeña sonrisa, como si pudiera leer su mente.

Samantha caminó hacia el granero con el corazón latiendo un poco más rápido.

Cuando abrió la puerta, Henry estaba acomodando algunas herramientas.

Al verla, se quedó completamente quieto.

—Samantha…

Ella dio unos pasos hacia él.

—Hola.

Durante un momento ninguno dijo nada.

Henry habló primero.

—Pensé que ya no volverías.

Samantha sacó algo del bolsillo de su chaqueta.

La pequeña pieza de herradura que él le había dado.

—Te dije que no quería olvidarlo.

Henry la miró con sorpresa.

—¿Qué pasó con tu boda?

Samantha sonrió ligeramente.

—Nunca hubo boda.

Henry tardó unos segundos en procesar lo que eso significaba.

—¿Entonces…?

Samantha dio un paso más cerca.

—Entonces vine a ver si todavía hay lugar para mí en este rancho.

Henry soltó una pequeña risa.

—Siempre lo hubo.

Samantha lo miró a los ojos.

—Creo que encontré algo aquí que nunca tuve en Nueva York.

Henry levantó una ceja.

—¿Qué cosa?

Samantha sonrió.

—Un hogar.

El silencio entre ambos volvió por un segundo.

Pero esta vez ninguno dudó.

Henry dio un paso hacia ella.

Y finalmente… La besó.

Afuera, el viento movía suavemente los campos del rancho mientras el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte.

Y por primera vez en mucho tiempo, Samantha supo con certeza que estaba exactamente donde debía estar.

Entre tacones y botas… había encontrado su verdadero camino.

Epílogo

Un año después

El rancho Redwood Creek lucía distinto aquella mañana. El sol iluminaba los campos verdes mientras el viento movía suavemente la hierba alta que rodeaba los corrales. Las cercas estaban recién pintadas, el granero tenía un nuevo techo rojo brillante y en el porche de la casa principal colgaban macetas llenas de flores.

Había pasado un año desde que Samantha había regresado definitivamente a Texas.

Y muchas cosas habían cambiado.

Samantha caminaba por el patio con unas botas vaqueras llenas de polvo y una camisa arremangada. Su cabello oscuro se movía con el viento mientras revisaba una libreta en la que llevaba las cuentas del rancho. Aunque todavía conservaba su estilo elegante, ahora era imposible no notar lo cómoda que se veía en ese lugar. Ya no era la chica de tacones que había llegado confundida desde Nueva York; ahora caminaba entre los corrales con la seguridad de alguien que había encontrado su lugar.

—¡Sam! —gritó Britney desde el otro lado del patio.

Samantha levantó la mirada.

Britney venía caminando con paso rápido, con botas y sombrero. A diferencia de cuando llegaron por primera vez, ahora parecía completamente adaptada a la vida del pueblo.

—Mateo quiere saber si ya viste los números de la venta de ganado —dijo Britney.

Samantha cerró la libreta con una sonrisa.

—Sí, y creo que este año nos fue mejor que el anterior.

Britney levantó las cejas con orgullo.

—¿Ves? Te dije que convertirte en ranchera era una buena idea.

Samantha rió.

—No exageres.

En ese momento, una camioneta elegante apareció por el camino de tierra que conducía al rancho. Samantha reconoció el vehículo de inmediato y sonrió.

—Mis padres.

La camioneta se detuvo frente a la casa y Víctor y Amelia bajaron observando el lugar con la misma mezcla de sorpresa y orgullo que mostraban cada vez que visitaban.

—¡Mira nada más este lugar! —Dijo Víctor mientras caminaba hacia su hija. Cada vez está más bonito.

Amelia abrazó a Samantha con cariño.

—Nunca imaginé que terminarías viviendo aquí… pero debo admitir que te ves feliz.

Samantha miró alrededor del rancho.

—Lo soy.

Mientras hablaban, la puerta del granero se abrió.

Henry salió cargando una caja de herramientas y caminó hacia ellos con esa calma natural que siempre lo caracterizaba. El sol iluminaba su cabello y su expresión se suavizó al ver a Samantha.

—¿Llegaron visitas?

Víctor estrechó la mano con una sonrisa.

—Siempre es bueno venir a ver cómo está nuestra hija… y su rancho.

Henry miró a Samantha con una sonrisa cómplice.

—Nuestro rancho.

Samantha levantó una ceja divertida.

—Eso suena mejor.

Britney observó la escena con una sonrisa enorme mientras se acercaba a Mateo, que acababa de salir del establo.

—¿Te acuerdas de cuando llegamos aquí sin saber ni abrir una cerca? —Susurró Britney.

Mateo rió.

—Ahora hasta mandan en el rancho.

El sol comenzaba a bajar lentamente por el horizonte mientras todos se reunían en el porche de la casa. Elena había preparado café y pan recién horneado, y la conversación llenaba el aire de risas.

Samantha estaba sentada junto a Henry observando el paisaje.

—¿Te arrepientes de haberte quedado? —Preguntó él en voz baja.

Samantha negó suavemente mientras miraba los campos dorados frente a ellos.

—Ni un segundo.

Henry tomó su mano con naturalidad.

—A veces la vida te lleva exactamente al lugar donde debes estar.

Samantha sonrió.

—Aunque al principio no lo entiendas.

Henry rió.

—Exacto.

El viento sopló suavemente sobre el rancho mientras el cielo se teñía de tonos naranjas y rosados.

Samantha miró el horizonte una vez más.

Y en ese instante supo que, entre tacones y botas, entre la ciudad y el campo, entre el pasado y el futuro…

Había encontrado algo mucho más importante que cualquier lujo o comodidad.

Había encontrado su verdadero hogar.